

# Criminalogia Moderna

Año II.

BUENOS AIRES, ENERO DE 1899.

Núm. 3

## LA SOCIOLOGIA CRIMINAL

No son pocos los que niegan á la sociología criminal el puesto que le compete como ciencia contributiva entre las doctrinas jurídicas y son más todavía los que desconocen la solidez en las bases científicas al ramo de las ciencias sociales que, estudiando el delito en relación de las leyes orgánicas de la sociedad, toma el nombre de sociología criminal.

Hay tambien quien, ignorando la labor densa de la agudeza genial y de la argumentación positiva que despertó tan extraordinario interés en Europa repercutiendo como un eco clamoroso aún en el Nuevo Mundo, — encuentra absurdo hasta el título de esta ciencia, sosteniendo que existe contradicción entre los dos términos — sustantivo y adjetivo, como si fuesen contradictorios los terminos: *derecho penal*, nombre universalmente reconocido á una disciplina especial del derecho; y como si *anatomía patológica*, para no recordar todas las especialidades de cada ciencia general, no fuese una necesaria significación de aquella parte del estudio anatómico que tienen relación con las enfermedades que determinan las desviaciones anormales.

Así, la sociología — que es la biología de los organismos colectivos — en la evolución de las sociedades humanas, estudia las causas que determinan los fenómenos normales de los asociados, indagando, en el juego infinito de las fuerzas, las leyes naturales que si hacen complicado el problema colosal del mundo orgánico, se pierden tras la formidable esfinge de la psiquis humana, en la amplitud del mundo superior-gánico.

Desde que la filosofía de la vida social encontró sus cimientos científicos en las vastas obras de Comte, Spencer, Schäffle Lilienfeld, De Roberty, y una sistematiza-

ción que la distingue en su *quid proprium*, de las demás ciencias naturales con los trabajos más recientes de De Greef, Ardigó y Angiulli — aún el estudio del delito, que se había mantenido en el campo exclusivamente jurídico durante el período victorioso de la escuela clásica, una vez elevado al terreno positivo y experimental por los progresos de la antropología, de la psiquiatría y de la psico-física, debía encaminar preferentemente sus investigaciones sobre el delincuente que es el actor real y palpitante del mundo criminal, considerándolo no solo en relación á su especial organización fisio-psíquica, sinó tambien, y sobre todo, en relación al ambiente social cuyas influencias le circundan y del cual no es mas que una resultante típica, apesar de las innumerables variantes individuales.

Esta ramificación de la ciencia social que había tenido ya dos precursores ilustres, Quetelet en Francia y Romagnosi en Italia, fué conocida y cultivada después bajo la misma denominación de sociología criminal, por Ferri y otras eminencias de la nueva dirección científica y positiva en el derecho penal de Europa.

Mucho antes de que los progresivos estudios estadísticos hubiesen demostrado la íntima conexión entre las diversas oscilaciones de ciertas casualidades sociales y las oscilaciones de la criminalidad en los distintos países; antes de que se hubiese probado con la inflexible lógica de las cifras que, por ejemplo, á ciertas condiciones de malestar económico general corresponde un recrudecimiento proporcional de la delincuencia contra la propiedad, y que en los años de carestía el delito se aumenta en extensión é intensidad, — el genial escritor francés había trazado un boceto de física social, aplicando en él ciertos datos gene-

rales á las causas criminógenas, y el profundo filosofo italiano en su ingenioso libro: *El Génesis del Derecho Penal*, había reducido los grandes factores sociales de la delincuencia á tres grupos principales: *defecto de subsistencia, defecto de educación, defecto de justicia*.

Pero antes aún, Roberto Ovven, el gran filántropo inglés había inducido la extraordinaria influencia de los factores sociales en el delito, de modo que en su obra filosófica: *Libro del nuevo mundo moral*, puede decirse que alborea la doctrina moderna que se ha denominado sociología criminal. Existía la sustancia sin el nombre.

Entre los doctos de aquella época se despertó sinembargo un grandísimo interés por la colonia experimental fundada en Inglaterra por el mismo Ovven, quien, habiendo recojido en ella la escoria más incorregible de los bajos fondos sociales londinenses — personas dedicadas á la delincuencia habitual, reincidentes en delitos de violencia y de robo — pudo probar triunfalmente la eficacia reformadora del ambiente sobre las acciones individuales, toda vez que de tantos seres profundamente corrompidos, pudo formar una legión de trabajadores modelos, con la regeneración fisiológica del bienestar asegurado por el trabajo que da el sentimiento del orgullo y de la dignidad, y con la educación de la mente y del alma.

Aunque rudamente combatida por los enemigos naturales de toda iniciativa de innovación, y desvirtuada por las iras é intrigas de la época, la colonia del *New Lamark* perdurará en la historia de las iniciativas audaces de la civilización, como una de las más nobles tentativas en los estudios experimentales sobre la profilaxis social del delito.

De hoy en adelante, la ciencia penal, no pudiendo permanecer — so pena de muerte intelectual — en el campo de la divagación metafísica sobre apriorismos jurídicos y legislativos, y debiendo vigorizarse en la viva y fresca corriente de las observaciones científicas imperiosas y suministradas con profusión por la antropología, la psico-física, la sociología y demás ciencias afines, — ha encontrado en ellas aliadas fieles y seguras.

Hoy, — puesto que no se puede escri-

tar con ojo seguro las profundidades fisiopsíquicas en las cuales el delito fermenta y madura, sin haber sondado antes más allá de las oleadas sociales que se amontonan tempestuosas sobre los perdidos, sobre los desventurados, sobre los náufragos de la vida, para crear esa delincuencia fatal debida á causas extranas y avasalladoras de la misma voluntad del delincuente, — el criminalista sociólogo que no quiera pasar por prehistorico en plena modernidad, estudia el delito no en los polvorientos, aunque venerables, pergaminos del pasado (y no lo parece venerable por el solo hecho de estar apergaminado) sinó en la palpita ción perenne, en la evolución de las formas y de las cosas, en el perpetuo adaptarse á las necesidades diariamente renovadas, de todo lo que no quiere ni debe morir.

El derecho no debe perecer ni como necesidad; debe transformarse, — he ahí todo; nuevas fuerzas mas vigorosas obtendrá de la moderna dirección científica.

Esta verdad triunfante, aunque contestada, de que el delincuente es á su vez una víctima de su propio organismo y de las fuerzas exteriores cohibitivas que hacen estallar en él los resortes antisociales — esta otra verdad: que si es una bofetada para la soberbia del hombre, lo reconduce sin embargo al seno de la infinita naturaleza y de sus leyes irrevocables de causalidad, considerándolo como una de las fuerzas que obran por acciones y reacciones combinadas, con las de toda la dinámica y, en fin, el corolario científico que deriva de estas premisas, es decir, la necesidad de estudios pacientes de análisis de la anatomía física y moral, á fin de fundar la síntesis de la criminalología moderna en argumentos de hecho y por consiguiente indestructibles. He ahí los cimientos sobre los que erije la sociología criminal su sólido edificio de observaciones, afirmando su razón de ser como punto de contacto científico entre el derecho penal y la sociología general.

Qué valor puedan tener estos estudios en la profilaxis del delito, más que las áridas disquisiciones doctrinarias, lo demostraron eficazmente los campeones de la joven escuela penal, principalmente E. Ferri. Y aún aquellos que combaten abiertamente las conclusiones de la antropología crimi-

nal, reconocen que los juristas de la nueva escuela fueron los primeros en reclamar el homenaje á las investigaciones de los factores sociales de la delincuencia, y á los medios de quitar al delito su vasto y expresado origen, según las intuiciones generales desde Tomas Moro á Romagnosi y Quetelet.

La sociología criminal está llamada á cumplir, entre las ciencias sociales, las funciones que entre las naturales corresponde á la *Higiene*. Esta, antes que se haga necesaria el trabajo del médico, enseña los medios de prevenir las enfermedades que destruyen y apagan lá vida física del hombre.

Aquella --- verdadera higiene moral positiva --- busca los medios, antes que la penalidad cumple su triste oficio puramente negativo de eliminar las causas de las enfermedades morales que de la locura al suicidio y al delito, destruyen y apagan en el delincuente y en la víctima la vida física y la jurídica.

## ENRIQUE FERRI, Abogado

Enrique Ferri es sin duda una de las más ilustradas individualidades y sobre todo una de las más completas. Es típicamente latino en la vivacidad y multiplicidad de su ingenio. Hombre político y de ciencia, abogado y profesor, ha dejado y deja una notable impresión en todos los campos en los que despliega su admirable actividad.

Si las más de las veces no fuera inoportuno y difícil escribir sobre los que se encuentran todavía en las batallas de la vida, la figura del criminólogo y socialista de San Benito Pó, merecería por cierto un estudio amplio y circunstanciado. Aunque limitándose á Ferri como abogado, el estudio puede ser sin embargo rebotante de interés y de importancia. Razon y elemento de tal estudio me ha sujerido la obra que Ferri ha dado á la prensa con el título « Defensas penales » precedido de un prefacio conteniendo recuerdos y consejos de psicología oratoria, y me apresuro á decir que no creo que Ferri haya aumentado su justa fama recogiendo, de los resúmenes taquigráficos estas páginas suyas de elocuencia jurídica.

Para los que no han escuchado de su misma voz sonora, adaptada artística y sabiamente á los varios conceptos espresados y á las emociones suscitadas por la ola rápida, orgánica, y fascinadora de las palabras de las ideas y de las imágenes con las que el Gefe de la Escuela positivista arroja sus arengas á los jurados, jueces, colegas y público pendiente de sus labios, este libro es en parte una viva impresión. Muchas veces lo que constituye un mérito para la elocuencia forense, parece

defecto entregado á la prensa, y lo que pareció y fué eficaz en el momento de la improvisación, resulta á menudo estudiado, monótono y prolijo en el escrito de que el lector toma conocimiento en un estado de ánimo más tranquilo, más propenso á la crítica detallada que la del que escucha sobre quien obran tantas y variadas influencias, desde el gesto hasta la entonación de la voz y la mirada de quien está hablando,

Estas defensas de Ferri son siempre el documento de una habilidad oratoria por cierto no común, pero el número de los que pueden llegar á comprender el entero valor de las mismas, es tan reducido, que se podría casi decir que se limita solamente á los abogados.



Enrique Ferri.

Los que ejercen la abogacía comprenden la finura y la fuerza de algunas argumentaciones y divagaciones, de los exhortos que llaman la atención del auditorio, de las peroraciones en nada parecidas á las tiradas de costumbre, de las sutiles observaciones psicológicas y de los agudos razonamientos jurídicos.

La mejor entre todas las defensas es la de los campesinos Mantovanos en el proceso de Venecia de 1886 — que á mi parecer supera á las demás por la densidad del pensamiento y la solidez de la cultura, por el orden, la sobriedad y al mismo tiempo por el esplendor de lo que en la *jerga curial* se llama *arranques oratorios*.

Muy buena también la arenga sobre — La pública censura y la degeneración parlamentaria — con análisis acertados de caracteres morales y muy buena pintura de las costumbres descomedidas electorales y políticas. En cada una, también en las más decadentes, se manifiesta de vez en cuando la garra del león, y los que han oído á Enrique Ferri en los puntos más típicos de sus triunfos oratorios, comprenden muy fácilmente el éxito

que algunos párrafos deben haber alcanzado en las aulas de los Tribunales y de los Assises. Una impresión menos simpática se siente en muchos puntos más bien banales y en la repetición de frases y conceptos, como también en digresiones largas y exageradas estrañas al proceso que se discute. Mientras las defensas son el ejemplo y la prueba de una grande potencia oratoria, el prefacio es una óptima guía para los que teniendo facilidad de palabra, prontitud de la mente y cultura, quieren sacar de estas calidades propias un resultado útil en el ejercicio de la abogacía penal. En ese prefacio Enrique Ferri revela su intención psicológica y el íntimo conocimiento del ambiente en que se debaten los juicios penales. Yo creo que el método de preparación y de exposición seguidos por Ferri son absolutamente muy buenos y en prueba de ello cito algunos párrafos sobre los que tendrían que reflexionar varios togados que llevan á la vida de los tribunales y cortes de justicia un conjunto árido y fastidioso de disquisiciones jurídicas ó la deshonesto costumbre de patrocinar los intereses y la libertad ajena sin una suficiente preparación « Lo que puedo decir á los jóvenes abogados que tomaran algún interés en estas noticias de práctica profesional, escribe Enrique Ferri, es que para vencer el terror panico, desatar la lengua y dar eficacia á la expresión, más que conocer los ejercicios fisiológicos y las reglas académicas, necesitase saber.

Tener ideas en la cabeza y por consecuencia cosas para decir, este es el primero y gran secreto de la elocuencia.

Para la elocuencia forense á más de las ideas generales de sociología, de psicología y de derecho, el conocer la causa es otro mágico secreto á fin de ser sugestivo y para aplicar el precepto de Aulo Gellio que la oración debe salir « no de la boca sinó del pecho..... Conocimiento seguro de toda la causa y un ajuar de ideas sociológicas y sobre todo psicológicas, tales son los dos principales motores de la elocuencia forense, á la que no pueden llegar los que tengan el cerebro amueblado solamente de fórmulas judiciales abstratas, que si á veces son útiles y necesarias, lo serán con frecuencia en proporciones infinitamente menores que las nociones de psicología normal y criminal y de sociología que constituyen ahora un pertrecho formidable de guerra en las luchas del foro, y un manantial inagotable de potencia sugestiva. »

Enrique Ferri, que muchas veces es llamado por otro colega que ya se ocupó de la causa, en el curso de la instrucción de la misma y á la víspera del debate estudia con diligencia y por entero todos los documentos, sabiendo, como él dice, que muchas veces de las circunstancias mínimas y secundarias, de los antecedentes lejanos, brotan ideas inesperadas é impresiones utilizables en la audiencia, particularmente en los procesos de prueba judicial. En el curso del debate él se abstiene de los incidentes sistemáticos de procedimiento y prefiere hacer pocas preguntas, no solamente á los testigos de la acusación sinó también y sobre todo á los de la defensa,

Enrique Ferri escribe lo más posible de todo

lo que pasa en la audiencia, lectura de documentos, deposiciones de los testigos, exposición de los cuerpos del delito, arengas de los adversarios y de los colegas etc., anotando al márgen la impresión que le parece haya hecho cada acto sobre el ánimo de los jurados y de los jueces, y anotando también las contestaciones de la defensa que se pueden oponer á una ú otra impresión acusatoria.

Cerrado el debate, bosqueja á grandes rasgos sobre su acta de audiencia, un borrador de su defensa, cuya forma abandona despues á la improvisación que « hace la palabra más viva, palpitante y eficaz » y la palabra de Enrique Ferri abogado, es verdaderamente tan viva, palpitante y eficaz, que hace de él uno de los más grandes y más afortunados de los abogados de Italia.

ADOLFO ZERBOGLIO.

## **El Vagabundo**

Atorrantes, mendigos, rufianes y ladrones

La idea de que hay hombres que no tienen hogar, patria, familia, ni afecciones que los ligen á la sociedad, parecería rechazable, aun en el dominio de las hipótesis, si no existieran pruebas reales de este espantoso fenómeno social.

Llevado, en efecto, el raciocinio hasta buscar en sus más leves manifestaciones los afectos que dominan en cierta clase de seres, ejercitando el escalpelo hasta en las más íntimas fibras del sentimiento, se encontrará que en ellos hay un abismo profundo que los separa de los demás seres, hay un piélago insalvable, que divide para siempre á estos hombres, del resto de la humanidad.

Y á causa de esta división profunda, le tienen declarada una guerra (á veces franca y á veces sorda) á la sociedad en que actúan, como resultado de una acumulación de amarguras y desengaños que viene produciéndose en su espíritu á medida que más viven y más sienten los agujones de la necesidad.

Por su parte, la sociedad corresponde á estos ódios con un temor supersticioso y con un horror instintivo que le impulsa á separarse de ellos, á huir ó agredirlos, si con la fuga no puede evitar su repugnante contacto.

Y al decir que el temor es supersticioso, me refiero á la masa social, en general,

hecha prescindencia de los intelectuales y sociólogos que fundan su temor en el estudio de los males positivos que esos seres encarnan; lo mismo que si el horror es instintivo es porque el pueblo en conjunto no se ha detenido en el estudio psicológico, sinó que al mirar (con la doble vista del vulgo), seres de contextura moral extraña á la de ellos mismos, han pensado con razon que no pueden mancomunar con ellos ni ideales ni sentimientos.

El vulgo es por otra parte, enigmático en sus manifestaciones y envuelve sus preocupaciones en fantasías ó leyendas más ó menos artísticas ó poéticas.

Quién no conoce la leyenda del Judío Errante, que no es más que el ropaje con que la imaginación popular ha revestido la idea del horror con que se mira al vagabundo, en cualquiera zona del mundo; porque esta leyenda, lo mismo pertenece á los pueblos del Norte de la Europa que á los países meridionales del Mediterráneo.

Indudablemente la sociabilidad, es una facultad inherente á la organización fisiológica y psicológica del hombre y nadie puede sustraerse á esta ley superior de nuestra organización, sin violar derechos y prerogativas que están por arriba de leyes humanas y convenciones positivas.

Las leyes morales tienen reguladores que no dependen de los hombres, y cuando son atacadas, buscan su equilibrio por medios independientes de nuestros códigos y de nuestros tribunales judiciales.

De allí la leyenda, de ahí el horror y la superstición popular hácia el vagabundo.

Pero, las sociedades no pueden ni deben descansar en absoluto confiadas en el castigo moral: porque además del interés inmaterial, existe para ellas el interés positivo, regulado ya por convenciones ó por acuerdos más ó menos tácitos, y que son la fuente de los derechos reconocidos á cada hombre ó cada grupo de hombres, y deberes impuestos á estos mismos, como base de tales derechos.

Entonces aparece el sociólogo y tras de este el legislador, que estudian nuestra organización social y buscan los principios, las teorías y doctrinas que deben aplicarse en el derecho positivo, en armonía con las leyes morales que han presidido nuestra formación.

\*\*\*

El vagabundo no tiene vinculaciones sociales de ningún género y su existencia importa un peligro para las leyes morales y para las positivas.

Debemos, bajo este último aspecto, preocuparnos entonces de él y ver de combatirlo, para evitar no solo los efectos perniciosos que produce su contacto, sinó tambien los que ellos producen, en contra de la estabilidad social.

Bajo la denominación genérica de vagabundo, comprendo al atorrante, al mendigo, al rufian y al ladrón, porque, como veremos más adelante, todos padecen de una misma enfermedad moral, es decir, todos ellos han sufrido un atrofiamiento en la facultad psicológica, que llamo sociabilidad.

Entre sí, como es natural, presentan diferencias psicológicas, que dán la división en especies, y estas mismas tienen subdivisiones; pero forman un conjunto, y se caracterizan en su aspecto general por el ódio y la aversión, que sienten contra todo lo que es organización social.

Todos están en lucha abierta contra las autoridades, de cualquier régimen político que sea, todos están dispuestos á cambiar de territorio en el momento más propicio á su manera de actuar, todos desconocen la razón de los derechos ajenos y la razón de las leyes y sobre todo, se alzan enérgicamente contra la ley del trabajo en cualquiera forma, para lanzarse al azar sin rumbos determinados, libres de deberes que los opriman y de derechos que ellos mismos desconocen.

*El ladrón* es un vago, que dominado en absoluto por la tendencia de adquirir bienes sin sujetarse á las molestias del trabajo, atenta contra la propiedad ajena en las distintas formas que se han clasificado por el Código Penal, es decir, desde el hurto que es la sustracción clandestina, y el robo que es la violencia en la persona y en las cosas, hasta la defraudación en la que interviene el engaño y la simulación.

Este delincuente tiene de característico, estos dos rasgos en su fisonomía moral; el hábito del robo y su resistencia innata al trabajo.

Me refiero por supuesto al delincuente consuetudinario y no al que ocasionalmente cae en las tentaciones del delito impulsado por circunstancias del momento.

La degeneración de ese tipo, no ha llegado hasta el punto de hacerle olvidar ciertos detalles de pundonor; el ladrón común, sobre todo el que ejerce su profesión con cierto éxito, no incurren en las faltas del rufian, ni prescinden en absoluto de su personalidad como el atorrante, pero en ciertas circunstancias de su azarosa vida puede llegar y llega á la categoría del mendigo, aun que inmediatamente se reponga de su caída en el nivel moral que él mismo se ha impuesto, para volver á colocarse en la categoría de ladrón.

Tienen estos en alto concepto sus facultades intelectuales y su experiencia para el robo, y miran con desden á los rufianes, mendigos y atorrantes, pues los consideran inferiores y de menor alcurnia.

Y no carecen de motivos, pues como veremos más adelante, las rufianes padecen de una depresión moral que no tiene el ladrón, y los mendigos y atorrantes de un atrofiamiento psíquico y físico de que carecen los primeros.

SERVANDO A. GALLEGOS.

(Continuará)

## La agonía del bandolerismo

Las recientes correrías de las bandas de malhechores indios en la colonia de Florencia asolada por el saqueo y exterminio entre los pobres é indefensos trabajadores de la civilización, me ha recordado los interesantes estudios hechos ultimamente en Italia sobre los casos del bandolerismo moribundo, haciéndome pensar en los abundantes materiales, observaciones y apuntes inéditos comunicados por mi padre que era oficial superior de artillería en la campaña de represión contra el bandolerismo que imfestaba las provincias napolitanas después del año 1860.

Es imposible condensar en un artículo de revista todos los puntos de contacto fisionómicos entre estos dos fenomenos de delincuencia colectiva: el bandolerismo calabrés y el bandolerismo indio que no obstante se alejan tanto en el espacio y tambien en el tiempo aún cuando se acercan mucho en sus causas generales y determinantes.

El fondo psico-sociológico de que uno y otro surgieron — como los despojos de una ciudad sepulta surgen de las escavaciones con el extraño esqueleto de las construcciones de épocas sepultadas tambien — es el fondo común á todos los delitos de sangre y de rapiña: la guerra.

La época felina de las sociedades primitivas

en el estado permanente de lucha brutal entre individuos y entre tribus, desde el sacrificio de las víctimas humanas hasta el antropofagismo, puede decirse que constituía un solo delito.

El bandolerismo, digámoslo sin ironías ni exageraciones, fue la primera forma de actividad colectiva entre los hombres. Actividad en el mal sin duda, pero inspirada no obstante, en un doble instinto fundamental: de conservación y de asociación. Porque entonces la vida podía ser conservada las más de las veces con la muerte de otros; matar ó ser muerto era el dilema cruel que se presentó á la humanidad tan pronto como ella empezó á distinguirse en la escala de los seres inferiores.

Cuantos milenios duró esta carnicería entre los proenitores de nuestra especie?

Los diversos grados geológicos nos dan los datos aproximativos de épocas interminables. Lo que puede afirmarse con seguridad es que la corteza altruista ó de sociabilidad con el consiguiente sentimiento de respeto por la vida y los derechos ajenos, fué formándose á través de las generaciones sucesivas con una lentitud desoladora.

Tan es así, que aún dejando de lado las tinieblas que envuelven las épocas prehistóricas, en las más gloriosas civilizaciones, surge el bandido hasta del hombre civilizado, cuando menos se espera, y muchas bandas célebres en la historia se han formado entre individuos que han salido de las vías normales de la vida social, después de una primera caída por la difícil pendiente de la vida.

Muchos bandidos famosos del mediodía de Italia llevaban un nombre antes honrado en los padres del trabajo y de la pureza de la vida, y habían sido arrojados al bosque por un súbito despertar de los instintos salvajes primitivos no apagados aún en el hombre, y que había revivido al contacto de las provocaciones externas, como una regresión atávica del estado salvaje, bajo la nueva corteza.

El bandolerismo en la Italia meridional que dejó ramificaciones en la campiña Toscana y en los campos romanos hasta hace algunos años, tenía su génesis económico en la necesidad y malestar de las plebes agrícolas consecuencia de los movimientos por la independencia; el génesis político, en el sentimiento de vencer en las esferas más incultas y supersticiosas contra el nuevo orden de cosas reputado sacrilego y usurpador por los afiliados á los borbones; el génesis antropológico, en el estado semi-salvaje en que vivían y viven aún, en parte, los habitantes de aquellas campañas.

En el bandolerismo Sud-americano entran sin duda otros elementos que la poca madurez de mis estudios sobre la vida y costumbres del país no me permite analizar con la necesaria abundancia de observaciones y seguridad de datos.

Esto no obstante, creo no exagerar afirmando que aquellas mismas causas generales antes señaladas como genéticas del bandolerismo en el mediodía de Italia, deben haber ejercido su influencia estimuladora en las *vazzie* periódicas de lo depredadores que asaltan las llanuras argentinas.

Estas tribus indígenas á que se unen desertores del ejército y evadidos de las cárceles representan la zona gris de la civilización, entre la verde juventud de los laboriosos pueblos latino-americanos.

El malestar económico que ajigonea á estas turbas errantes de caballeros del delito confinadas á las fronteras de las fértiles regiones conquistadas por el trabajo asiduo y paciente, ante el miraje de los fértiles pastos y de los pingües ganados, frente á la Pampa solitaria, y los estériles matorrales; el rencor de raza contra esos audaces *rostros pálidos* de la leyenda que avanzan tenazmente sobre los huesos de los primitivos habitantes de América, esterminando las antiguas hordas indígenas; la predisposición fisiopsíquica que presentan estos refractarios del desierto que aún antropológicamente reproducen el tipo humano á partir del cual las generaciones civilizadas han diferenciado hace siglos, — he ahí tres puntos especiales de similitud genérica entre las dos formas de bandolerismo, si bien tal analogía puede, á primera vista, parecer exagerada ante los caracteres diferenciales de ambas.

Quizá el bandido es, á veces, un hombre normal de las épocas primitivas perdido en medio de la civilización contra la cual se subleva, porque se siente prehistórico, entre los hombres que viven piensan y sienten de un modo distinto al suyo; quizá es un vencido de la *melée* social, que se ha arrojado á la maleza de la que surge después con la ferocidad del tigre para caer sobre los inocentes viandantes como si tomara una revancha del mal que se le ha hecho, cumpliendo una venganza transversal sobre los desconocidos, por las torturas que los hombres civilizados la inflijeron. Muchas veces también es un héroe desviado que en una época pobre en aventuras peligrosas en que ejercitarse para llegar á la fortuna, prefiere arrasar las campañas con la perspectiva de hacerse matar por el primer agente de policía que lo sorprenda en el bosque, antes que cimentarse en el tiroteo prolongado y metódico que no siempre asegura la vida.

El bandido es psicológicamente hermano del soldado ocasional de la edad media; y entre los caballeros alemanes que se encontraron en el saqueo de Roma tan brillantemente descrito por D'Azeglio, había más de uno mucho más delincuente que los principales bandidos de la Calabria, como en las bandas delincuentes de los guaraníes existen seguramente temples caballerezcos, á despecho de las empresas de latrocinio, que habrían podido ser figuras culminantes bajo el mando de *Juan de las Bandas Negras*, ya que esta forma de delincuencia tiene algo de peculiar que las distingue, en muchos caracteres, del resto de la delincuencia común.

Aún cuando los estragos hasta en las mujeres y niños cometidos por estas bandas salvajes de violentos, horroren á los honestos, esto no obstante, los delitos del bandolerismo, especialmente tratándose de tribus guerreras, son talvez simples fenómenos de psicosis colectiva.

El mismo proceso de sugestión recíproca em-

biaga á la banda hasta hacerla sedienta de sangre. como sucede á menudo con las muchedumbres formadas por hombres relativamente tranquilos y pacíficos, cuando se hallan exasperadas por una pasión común y se precipitan, como olas arrastradas por rabiosos vientos, sobre las personas ó los objetos de sus odios y resentimientos.

La historia de las revoluciones está llena de éstas tempestades pasionales en que llueve sangre y brotan llamas de incendio, y las crónicas y fastos militares de todas las épocas, de todos los países han tenido que registrar escenas crueles y salvajes hasta el punto de impresionar el alma de los mismos bandidos.

Así, como se dice, el bandolerismo no es mas que la forma criminal de la guerra y, como ella, está destinada á desaparecer con la civilización.

Guerra y bandolerismo surgieron de la concupiscencia que impulsó á los prepotentes á posesionarse de los bienes de los débiles, quitándoles hasta la vida; una y otro vivieron de rapiña y de parasitismo (menos las fuerzas por la liberación de los pueblos), armando el brazo ocioso de los violentos de oficio con la presa del trabajo ajeno tranquilo y fecundo.

Arduo y complejo sería condensar en estas líneas las observaciones generales hechas por escritores de diversos países y escuelas sobre la psico-fisiología del bandolerismo que tantos puntos de contacto tiene con la del militarismo profesional.

Lo calamitoso de las dos organizaciones es el mismo espíritu de aventura, el mismo deseo de armar los brazos y la lección permanente de que la violencia victoriosa constituye la gloria.

Cierto es que los móviles confesados y oficiales son bien diversos; haciendo el militarismo de un pretexto bueno: la defensa del país, y el bandolerismo de un objeto anti-jurídico: la agresión del derecho ajeno. Pero tanto el soldado que se arma por mandato de la sociedad como el bandido en acecho y en armas contra la sociedad, son la doble expresión de la fuerza brutal y constituyen — aún cuando bajo un aspecto y color moral diversos — ruinas atávicas de la primitiva barbarie de la especie, el uno á su pesar, las más de las veces, y voluntario siempre el otro.

Tal es la razón por lo cual, alrededor de la figura del bandido se formó en la edad media la leyenda semejante á la que circunda al soldado, casi caballererézca y que no ha muerto aún completamente en sus límites con la civilización moderna. La misma vida de rapiña y de peligro, ese galope desenfrenado á través de la selva y lo desconocido, hacia el negro precipicio en cuyo fondo yace la muerte, son los elementos que mantienen al delincuente de la selva, á diferencia del bandido urbano que la imaginación, de acuerdo en esto con la realidad, pinta en distinta forma, en distinta veste y con distinto barniz.

En la horda de los derviches, como acertadamente lo demuestra Ferrero en su libro sobre el *Militarismo*, el soldado se confunde con el bandido, y en aquella tumultuosa aparición de combatientes valerosísimos, extraña mezcla de heroísmo

y de crueldad, no se sabe dónde acaba el ejército y dónde empieza la banda.

Y así como en toda guerra hay frecuentes episodios de bandolerismo, también en los saqueos de las bandas que viven de presas y de violencias, el delito se cubre, á veces, con las formas características que reviste la guerra en la secular trayectoria de la vida social.

En la evolución del delito, en este lento pero incesante transformarse de los hechos antijurídicos y antisociales, desde la forma violenta hasta la fraudulenta, está la que yo llamo la « agonía del bandolerismo. »



Domingo Tiburzi.

Scipio Sighele sostiene que los delitos de violencia predominan entre las clases inferiores de la sociedad, mientras que los de fraude distinguen la delincuencia más frecuente entre las clases refinadas — lo que es en parte cierto y bastan para demostrarlo los episodios de la delincuencia bancaria y de la corrupción política de casi todos los países, especialmente la de los civilizados. A esto debe añadirse que muchos delitos — castigados ó nó — de las clases elevadas, tienen por base jurídica la violencia latente pudiendo emplearse con mayor utilidad, la moral que la física.

Pero la razón sociológica más profunda es: que las formas de la lucha por la vida han cambiado radicalmente a través de los tiempos, y así como á la guerra, que es una expresión internacional del delito de violencia, vino sustituyéndose poco á poco la astucia y quizá el engaño de las cancillerías en el conflicto de los intereses entre pueblo y pueblo — así también en el campo antijurídico del delito común, á los actos de espoliación y de sangre que unían primitivamente el asesinato y el robo casi siempre en un mismo acto, se sucedieron gradualmente la espoliación y las raterías, cometidos por la destreza (como la *punga* que es

el bandolerismo ciudadano de la infancia criminal) ó con el fraude que es una especie de violencia intelectual de la astucia sobre la injenidad ajena y que forma actualmente uno de los grandes contingentes de la criminalidad en los países en que la evolución ha triunfado ya de la naturaleza primitivamente salvaje del hombre.

Aquí en la República Argentina, la mejor prueba de esa conclusión, es aún más evidente: basta consultar las estadísticas criminales de la Provincia de Buenos Aires, donde las cifras habilmente agrupadas por el infatigable trabajo directo de un distinguido colaborador de esta revista, el Sr. Juan Vucetich, dando resultados elocuentes que demuestran cómo de año en año la delincuencia pasa por esa transformación sintomática, disminuyendo sensiblemente los delitos cometidos con violencia, y aumentando, en cambio, aquellos cuyas armas son el engaño.

El que quisiese hacer una detenida y paciente investigación de tal fenómeno, encontraría quizá en las agregaciones maliciosas ejecutadas contra la buena fé de los demás, bajo el decantado nombre de *cuento del tío*, como ruinas del pequeño bandolerismo que muere, varnizadas por la civilización, — encontrará que la bestia de presa, una vez salida de los bosques y tomadas las costumbres de la ciudad, ha dejado las maneras del lobo y ha encontrado más adecuadas al ambiente la del zorro. El banquero, rey de la astucia en el régimen económico moderno, ha dado lecciones hasta al bandido y este ha encontrado más conveniente ataviarse con la veste del caballero, dejando en las selvas el clásico arcabuz, el puñal y el legendario sombrero de punta, para armarse con la carabina del engaño, y despojar así al prójimo.

Ciertamente de cuando en cuando el zorro se convierte en lobo que oculta y hiere, como hirió el jefe de bandidos De Rozas, hace pocos días, en la calle de Sassari (Cerdeña) y en pleno día — pero las más de las veces es de mejor resultado y más lucrativo para el bandolerismo moderno, el fraude y la espoliación sin derramamiento de sangre: desde las forinas legales y *honestas* de la raza, que acumula millones, hasta las formas penadas y menos fructíferas de la estafa común.

Es así que el otro bandolerismo — el aventurado y peligroso, nacido del mismo origen que la guerra — y los hechos de Florencia con las análogas explosiones esporádicas del delito de banda, en el viejo y en el nuevo mundo, no obstante el surco real de sangre y de miseria que dejan tras de sí, parecen una siniestra reproducción melodramática de tiempos de hoy más sepultos.

La misma impresión me producía, días hace, una quinta perdida en la verde inmensidad de la campaña argentina cuya vasta verja de hierro semejante á las de las Cortes de Assises en Francia y en Italia, está destinada á proteger el tesoro, de posibles asaltos de gauchos poco respetuosos de las reglas comerciales de la compra-venta.

Aquella verja, vestigio de luchas entre la sociedad mercantil que se adelantaba en la conquista del desierto, y de sus refractarios hijos que defendían sus soledades, — me parece hoy un reproche

inútil para cuatro ó cinco jóvenes criollos descendientes quizá de los antiguos aventureros de la Pampa, porque ellos estaban allí tranquilos ante las gruesas barras comprando bebidas y cigarrillos, y pagaban puntual y alegremente, más que cualquier acicalado *leon* de la capital, las mercaderías compradas. El bandolerismo agoniza en los extremos confines de la civilización. En estas últimas correrías de los indios sud-americanos como en las de los Pieleros Rojas del Norte, los agresores, además del espíritu hereditario de rapiña y de la aridez de las tierras adonde la invasora raza caucásica los confinó, están arrastradas por el consiguiente centimiento de represalia hacia quienes, según ellos — con ó sin razón — son los elementos exterminadores de su estirpe.

Sin duda, los trabajadores indefensos que están — siempre lo mismo — á la vanguardia de la civilización, deben ser protegidos del peligro de estos saqueos periódicos y sanguinarios. Ellos son los centinelas perdidos del trabajo que crea, frente á la barbarie que destruye. Pero la modernidad que adelanta con todos sus bienes y todos sus males — con la incontestable superioridad que el presente tiene sobre el pasado, y sobre el porvenir que va madurando — dará, más que todas las represiones armadas, el último golpe de gracia al bandolerismo moribundo.

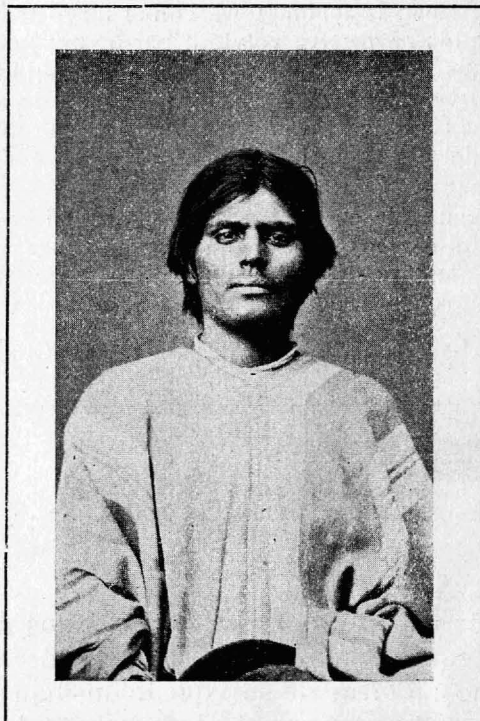
El verdadero peligro está en el fenómeno psicológico premencionado: la transformación de la civilización, de ese bandolerismo de la fuerza en el de la astucia que Ferrero coloca con demasiado apresuramiento entre los progresos relativos de la evolución moral, tomando la criminalidad como termómetro negativo; ya que sería necesario averiguar si son menores los perjuicios que causa, aunque sin derramamiento inmediato de sangre, esta transmutación del alma violenta del bandolerismo moribundo, en la fraudulentas de las actuales bandas criminales, desde los estafadores propiamente dichos, hasta los delincuentes de la avaricia usuraria que espolia sin peligro y sin escrúpulo el trabajo de la inteligencia y del brazo, delincuencia esta última no menos nociva á la civilización que la que obra en el silencio de las campañas irredimibles por los *pionieri* de Florencia.

Talvez el progreso está más bien en esto: que los bandidos de las selvas quitan siempre la sustancia y la vida, mientras los bandidos de la ciudad no siempre encuentran necesario atentar contra la segunda, al menos violentamente. Y digamos otro tanto, sin ironías, con respecto al bandolerismo económico impune é impunible legalmente, aunque de suyo espoliador y delictuoso.

En Italia, uno de los últimos tipos de la escuela clásica del bandolerismo, fué Domingo Tiburzi que había llegado á ser el rey de las selvas en Viterbese y cuyo retrato tomado después de muerto por los carabineros, hace algunos años, revela delineamientos antropológicamente normales, haciendo pensar más bien su fisonomía en un pacífico factor de alguna heredad toscana, y no en el bandido célebre cuyo nombre había aterrorizado el antiguo Samnio.

La civilización que invade y corta las malezas salvajes y punzantes donde anidan los bandidos, arroja á esta moribunda forma de delincuencia de sus últimos baluartes en aquellas comarcas de Europa donde un conjunto de causas, desde las asperezas económicas hasta los absurdos y provocadores sistemas de profilaxia penal, lo mantienen aún en pié. El trabajo triunfante y redentor realizará el milagro más y mejor que cualquier represión violenta.

El bandido indio — que es la supervivencia de la antigua brutalidad guerrera y criminal que vivaquea aún en los confines de la modernidad, animada á pesar de todo, mas que por los mosquetes de los soldados, será exterminado definitivamente por la acción pacífica, asidua y conquistadora de la honrada laboriosidad de los colonos que fertili-



Tipo de bandido indígena.

zan, que producen, que irradian el bienestar á su alrededor, aunque no siempre en provecho propio.

Ayúdese positiva y eficazmente esta inmensa actividad oscura y sin embargo gloriosa, de todos los modos, por todos los medios, más con los que crean que con los que destruyen; y los bandidos desde los semi-salvajes del Chaco hasta los prófugos y proscritos de la civilización, se rendirán ante el trabajo confortante de los *pionieri* redentores.

No olvidaré jamás el símbolo vivo de este triunfo del trabajo civilizador sobre la fuerza brutal, que lo ví, atravesando en ferro-carril por la vía del Pacífico las esterminadas llanuras del Arizona y del Nuevo México — en aquel misterioso sud-oeste norte-americano donde se ha refugiado la fiera y moribunda raza de los Pieleros Rojas.

Lo que no habían podido hacer las furibundas batidas coreo-dramáticas de Buffalo Bill, ni las campañas exterminadoras organizadas periódicamente por el Gobierno Federal, lo consiguió en

pocos años la fuerza asimiladora de la laboriosidad moderna, convirtiendo a las tribus salvajes en las extremas soledades occidentales donde las célebres bandas de los cortadores de cabelleras se funden ahora al contacto de los operarios manuales llegados le ultra mar y de ultra continente.

El símbolo vivo de que hablaba, era un viejo cacique de líneas enérgicas suavizadas por los años, y en cuyos ojos pensadores se apagaba el fuego en otro tiempo amenazante de la antigua clase guerrera. Conserva aún á su alrededor su cortejo semi real; pero tanto aquel viejo, como sus cortesanos se habían transformado en mercaderes — no sabría decir si los menos deshonestos de la especie — que vendían á los pasajeros del tren flechas y armas primitivas, á precios fabulosos.

Y cuando la locomotora con el largo tren lujoso de los *pullmans*, volvió á partir bufando, yo leí en los grandes ojos melancólicos de aquel reyezuelo destronado — como una mirada de agradecimiento por la civilización que le trafa allí en medio del desierto tantas de sus comodidades y de sus conquistas.

Después de todo, él pensaba quizá, si era posible aún que los hombres se desvalijasen entre ellos — legalmente — sin necesidad de matar y sin peligro de morir.

PEDRO GORI

## En favor de los niños

### I.

Los castigos corporales aplicados á los niños como medio de corregir sus defectos y como factores de su educación, han perdido ya el prestigio y el derecho á la impunidad de que disfrutaron en otras épocas, y si aún hoy, conservan partidarios, debiera creerse, que esas prácticas se ejercitan como las cosas malas, de una manera clandestina.

No es así desgraciadamente.

La agresión del fuerte contra el débil, contra el indefenso aplicada con un ensañamiento y una crueldad, que llega hasta la tortura, reclama no pocas veces la intervención de la justicia. El hecho, cobarde y brutal levanta siempre un sentimiento de indignación y de protesta y se explica por el bajo nivel moral de aquel que lo produce. Estudiando la acción en su origen, se puede perfectamente encontrar su filiación en ese mundo de las aberraciones de la afectividad, engendradas por causas individuales, pero que se eslabonan siempre con

las múltiples formas de la degeneración del ser humano. Todo ello se explica y se puede llegar sin gran esfuerzo á la síntesis del hecho, asignando á su autor el puesto bajo cero que le corresponde en la escala de la animalidad.

Cuando el eco de uno de estos episodios dolorosos llega hasta nosotros, nos representamos siempre á la víctima, y es tal nuestro poder de imaginación y la intensidad con que nos sentimos penetrados de todos sus detalles, que sin mas elementos grabamos en nuestro espíritu la figura del desdichado niño como un ser ideal. Lo vemos, lo tenemos por delante, le hablamos, nos conmueve, deseáramos estar cerca de él para tenderle la mano y ampararlo, pagaríamos por habernos encontrado en el momento en que su verdugo ejecutaba su innoble hazaña, para afrontar cualquier peligro á fin de protegerlo, nos sentimos transportados por un sentimiento de indignación que nos induce á pensar que habríamos á nuestro turno ejercitado todas nuestras fuerzas para castigar sin compasión al delincuente — ¡ah si lo tuvieramos por delante en esos momentos!

La figura del niño no se borra tan fácilmente de nuestra imaginación. Es que el niño torturado es siempre para nosotros una criatura linda, de mirada expresiva y doliente, que ha soportado con resignación una serie incontable de privaciones, de ultrajes, y que se le ha obligado al trabajo superior á sus fuerzas, se le ha hecho dormir en el suelo, se le ha dado una ración de alimento insuficiente y solo ha faltado que se le aplique una cadena para realizar en él la situación tradicional del esclavo.

¡Cuantos de estos pobres seres indefensos suben resignados peldaño á peldaño la escala dolorosa é interminable del infortunio!

Pero, los castigos corporales aplicados á los niños por gentes extrañas, que no los liga á ellos otra vinculación que la del interés de explotar su debilidad, son delitos que no sorprenden por mas que siempre encuentran en nuestros sentimientos el mismo grito de indignación; pero, los actos de esta índole, cometidos por los propios padres nos llenan de estupor y nos hacen pensar con tristeza, en que la piedra bruta en que se han modelado los sentimientos

y los derechos de la paternidad, ha rodado por la pendiente de la civilización, sin borrar sus deformidades de masa angulosa y compacta. Los sentimientos que se han repartido en el cerebro de la humanidad, chocan y se quiebran en sus aristas sin dejar impresas sus huellas y algunas células atávicas de Cain han germinado y evolucionado sin perder su núcleo de maldad.

El fenómeno es curioso y digno de estudio.

La aparición del niño en el hogar, es motivo de alegría, de comentarios, de visitas de los parientes, de los amigos. El recién nacido es siempre lindo, inteligente, es bueno, sonríe, abre los ojitos con gracia, conoce ya á los padres, se le adjudican méritos que no tiene y facultades que aún no han germinado en su cerebro.

Los padres, los parientes, los amigos, dan cada uno su opinión y van constituyendo paulatinamente la personalidad de la criatura. Una personalidad embrionaria que despierta ya el apetito de la crítica, de la envidia y hasta rencores en los enemigos de la familia!

El día de la semana en que ha nacido, es forzosamente el de los santos más milagrosos; serán sin duda los protectores más decididos del niño y se asociarán á su existencia en una comandita desinteresada. Si este fuese en día trece, no faltarán amuletos y conjuros para alejar de su cabeza los presagios funestos.

Se discute el nombre que recibirá en la pila bautismal en la misma forma y con iguales argumentos, que el color del género con que se le ha de vestir.

La elección de los padrinos, es para ciertas familias en algunos gremios sociales, otro de los puntos que se pone á la orden del día. Con ese motivo, se pasa revista á las relaciones y amistades de la casa y se encuentra ocasión propicia para hacer el inventario de las cualidades, defectos y otros relieves buenos ó malos que se adjudican á cada uno.

Las antiguas ofensas ya olvidadas, los agravios imaginarios ó reales, son los primeros argumentos que se extraen del archivo de las miserias de familia y el odio no extinguido, sopla en las cenizas para avivar nuevos enconos y caldear así el ambiente; — oh! cuanto interés despierta el

niño en los primeros días de su existencia!

¡Cuántas páginas podrían escribirse alrededor de estas escenas de la intimidad del hogar!; pero, no es este nuestro tema y las dejaremos encerradas en un parentesis para llegar mas holgadamente á nuestro objeto.

Todo marcha así en el mejor de los mundos hasta el día en que estalla la primera chispa de furor maternal: — entre beso y caricia, entre una indigestión y una tetada de leche, viene la primer palmada, el primer castigo.

Primera imposición de la fuerza bruta, primer signo en muchos casos de lo que sucederá más adelante cuando el niño deje de ser una entidad completamente pasiva relegada al rincón de la cuna.

Extraño fenómeno: — No pocas veces hemos visto á una madre sacudir violentamente y aún arrojar con torpeza al niño sobre el lecho, sencillamente porque el niño molestaba con sus llantos.

Estas manifestaciones de la irritabilidad nerviosa ocasionadas por un motivo que no se le juzgaría capaz de producir una reacción tan en desacuerdo con las demostraciones de cariño y de ternura de que hace gala la misma persona, nos dan la medida así en síntesis y en su forma menos compleja, de las proyecciones á que puede dar lugar un sistema nervioso de organización defectuosa en el que se inhibe en determinados momentos la afectividad en sus manifestaciones mas nobles y elevadas.

La educación, el ambiente social, los medios de subsistencia, las fatigas del trabajo, las luchas diarias que enjendran las contrariedades y pervierten el carácter, acumulan en el sistema nervioso los efectos de una verdadera intoxicación que va á herir la fibra más delicada de la sensibilidad, trasformando en un buen momento, la personalidad del sujeto, como se transforma el individuo que se halla dominado por los efectos de una fiebre ó de una infección cualquiera.

Esto, así en tésis general y de una manera teórica.

En la práctica, dejemos de lado las otras manifestaciones á que este estado puede dar lugar para concretarnos á nuestra tésis.

Vamos de la palmada inocente y de la

sacudida violenta aplicada al niño para hacerlo entrar *en razón*, hasta el castigo que importa ya un delito y cuya represión es generalmente difícil por su forma y por el medio en que se produce.

Aquel niño, motivo de tantas caricias, tema obligado de tantas conversaciones en las veladas de familia, anfitrión aplaudido y aclamado en no pocas fiestas, ha borrado con el crecimiento los recuerdos simpáticos de sus primeros días para constituir una pequeña entidad aún sin derechos, pero, con obligaciones muy formales de una conducta irreprochable, irreprochable en el sentido de amoldarse estrictamente á la manera de sentir, de pensar y de proceder de sus padres.

Ya se comprende lo que importa esta exigencia para un cerebro en el que empieza á despertarse la nebulosa de estas facultades.

La figura ideal del ser inconsciente y bello ha desaparecido por completo: — nada queda de él.

Ha dado todas sus sonrisas, ha abierto sus ojitos en la penumbra que rodea la cuna para enviar miradas inteligentes y de afectuoso reconocimiento, ha agitado por última vez sus manecitas torneadas, há mostrado su primer diente como una obra de arte y recibido en recompensa de tanta gracia y de tanta habilidad, un millon de besos en la boca, en la mejilla y en el cuello.

Se le ha pedido, se le ha suplicado, se le han enviado embajadores especiales para que haga alguna de sus gracias mas aplaudidas, y después.....

Su carrera de niño pequeño ha concluido. — Esta es la amarga verdad para muchos de esos pobres desheredados.

Empieza para ellos la edad *madura*; de la reflexión y de las sorpresas, de las injusticias y de los exigencias estúpidas y como complemento, los castigos corporales.

Son estos los casos que no nos costaría dificultad encontrar en el medio social, donde las privaciones, la miseria, los infortunios del trabajo, el alcoholismo y otras calamidades, que deprimen, enervan y perverten los sentimientos afectivos, ahuyentan de la cabecera del niño, el ensueño poético del Angel de la Guarda.

En ese ambiente de verdadera decadencia social y moral, el cerebro del niño recibe día á día y á cada instante, el choque de impresiones bastardas que van imprimiendo en la célula nerviosa una modalidad funcional que será más tarde el coeficiente de esa entidad moral y social del porvenir si no se le sustrae á tiempo del medio funesto en que se desenvuelve.

Dejemos abandonados por ahora á su propia suerte á esos delincuentes en embrión, víctimas del desequilibrio social y del destino y tendamos una mano á sus hermanos de leche que compran á duro precio con sus carnes doloridas, el supremo derecho de que alguien vele por ellos y autorizarán siempre un grito de protesta contra esta civilización que es todavía imponente para cobijarlos bajo su manto.

Entremos á su hogar en el cual, no oiremos ya el eco simpático de los besos de la madre, ni el vaivén arrullador de la cuna. El nido del niño se ha deshecho, su dueño ocupa ahora otro lugar. Su existencia es otra. No vive ya envuelto en raídos pañales ni se alimenta con la leche de la madre cuyo gasto, no figura en el misero presupuesto de la familia.

El niño ha crecido y con el desarrollo se imponen otras exigencias. — Es aun un ser que no produce y que consume. — Todavía se le tolera, se festejan aún sus gracias y sus dichos, habla aún un lenguaje que no irrita porque su inocencia y su acento suavizan la palabra; después, la tolerancia va paulatinamente desminuyendo y llega un instante en que estalla el furor de los padres porque el niño vuelve al hogar con una brecha abierta en su traje en medio de los juegos propios de su edad.

Y de ahí en adelante, una desobediencia, una distracción que se le imputa como una falta á la disciplina á que se le ha sometido, una reyerta con otros niños, una mentira inspirada por el temor del castigo, un acto cualquiera en una palabra, que sea capaz de provocar en los padres esa irritabilidad nerviosa de que hemos hablado, es motivo suficiente para que se haga sentir sobre su cuerpo débil la acción brutal del castigo.

M. T. PODESTÁ.

(Continuará)

## Avelino Arredondo

Avelino Arredondo cuyo nombre queda ligado para siempre á la historia de los nefastos sucesos del Uruguay por haber disparado el 25 de Agosto de 1897 un tiro de revolver contra Don Juan Idiarte Borda, Presidente de la República, es persona que por sus antecedentes, su idiosincracia y el medio en que ha actuado, presenta pocas analogías con otros reos políticos acusados de actos similares al suyo.

Es hijo de honrado matrimonio español que se preocupó de darle una modesta instrucción para el comercio. El padre que cuenta hoy ochenta y cinco años, que por cierto lleva bien, ostenta buena foja de servicios militares, habiendo pertenecido ocho años al ejército español, alcanzando la clase de sargento bajo las órdenes del general Espartero en la primera guerra civil promovida por los carlistas.

Nació Avelino Arredondo en Montevideo el 10 de Septiembre de 1873. Su estatura es de un metro sesenta y dos centímetros; el cabello castaño y lacio; blanco rosado el color; ojos pardos; nariz fina y bien conformada; barba poca; usa bigote; frente despejada; boca regular; dentadura hermosa; como seña especial, un lunar con pelo en la mejilla izquierda; aspecto dulce y simpático; excelente salud y costumbres purísimas.

Asistió tres años á una escuela pública que existe en la calle de Zabala entre las de Buenos Aires y Reconquista; y por la noche su padre le repasaba las lecciones de contabilidad y le formaba el carácter relatándole los episodios más interesantes de su vida de soldado, inculcándole á su modo de veterano, caballerescos principios de lealtad y entusiasta amor por la patria.

Preparado así para la lucha por la existencia, entró de dependiente en el almacén de un cuñado, permaneciendo en esa ocupación próximamente siete años, hasta que cerrada la pequeña casa de comercio, se empleó con un señor Matteis que tiene negocio en la esquina de las calles Misiones y Reconquista. Con este Matteis ha estado cinco años, saliendo de su casa como un mes antes del suceso del 25 de Agosto de 1897.

Donde quiera que estuvo se hizo siempre querer, tanto por la exactitud en el cumplimiento de sus deberes, cuanto por la bondad de su carácter que con las criaturas especialmente llegaba á la ternura. Cuando á la esposa de Matteis se le dijo el 25 de Agosto que era Avelino quien había atentado contra la vida del Presidente de la República, no quiso creerlo, pareciéndole imposible que de ello fuese capaz quien constituía el encanto de sus pequeños hijos.

No se ha conocido á Arredondo ninguna pasión amorosa; pero dentro de la modestia de su vida tiene el culto santo de la patria. Afiliado como todos sus hermanos al partido *colorado*, se enroló como soldado así que, por razón de la última guerra civil, fué la guardia nacional convocada. Lector de diarios de tiempo atrás, coleccionaba en recortes todo lo que al recorrerlos le parecía

de interés político; y como en la época de la revolución *blanca* la prensa de la República era incendiaria contra la persona de Idiarte Borda á quien día á día declaraba responsable único de aquel movimiento armado, Arredondo veía una deshonra para el país y su partido en que tal hombre continuase en el gobierno.

Se produjo pues en el exaltado joven un caso de visible sugestión infiltrada hora por hora en su cerebro predispuesto á la acción, por una prensa que al explicar con datos y con cifras los millones que costaba la guerra, revelaba al mismo tiempo que los ejércitos del gobierno no tenían medios de movilidad y estaban hambrientos y desnudos, y carecían de todo, y los heridos en el campo de batalla morían por falta de socorros en las desesperaciones del dolor y de la sed cuando por torpes suspicacias de pretendidos espionajes se obstaculizaba el servicio inmediato de ambulancias y recursos profesionales.



Avelino Arredondo

Al lado de las horribles matanzas de una guerra que, según la prensa, el Presidente de la República estimulaba para colosales peculados, se veía el inmoral acrecentamiento de su fortuna y la de sus socios por razón de exacciones al erario.

No había medios regulares de contener á semejante criminal autócrata en prepotente posición, y la prensa sin embargo decía que era un obstáculo que debía barrerse, para que cesase la rapiña, y concluyese la guerra civil, y dejase de continuar degradando al país la situación de mayor oprobio que jamás se hubiese conocido.

Así las cosas, el gobernante por quien la República tenía multiplicado desprecio, desafió cínicamente las iras populares con festejos el 25 de Agosto.

Era opinión corriente que del *Te-Deum* no volvería vivo á su casa, lo cual explica que la mayoría de los miembros del Cuerpo Diplomático y Consular y algunas corporaciones locales se despidiesen, ó se deslizasen al bajar las gradas de la Catedral, para no seguir á pié el acompaña-

miento hasta la casa de Gobierno cruzando la plaza Constitución y continuando por la calle de Sarandí.

Cuando sonó el tiro y cundió la noticia de que Borda había sido muerto, el suceso esperado ¿y porqué no decirlo? deseado con ahinco por la población de Montevideo, no tomó á la ciudad de sorpresa; pero cambió su dolor en júbilo, lanzándose á la calle muchedumbres alegres que se felicitaban pública y ruidosamente del acontecimiento, que en sentir del pueblo devolvería de inmediato la paz al país y acaso también el decoro á las instituciones envilecidas.

Y Arredondo que no es anarquista, y que al contrario repudia á los afiliados á ese partido, que no tuvo cómplices ni confidentes siquiera en su atentado, y que en una palabra obró aisladamente por personal patriótica inspiración, abrigó el 25 de Agosto de 1897 la seguridad, y mantiene hoy todavía la creencia, de que ese día se encontraban en la Plaza Constitución más de cien ciudadanos dispuestos á matar á Borda; de modo que si él hubiese fallado en su propósito, no habría eso en manera alguna librado á aquel hombre de que se cumpliese en él la popular sentencia de muerte.

Pero Arredondo no quiso que nadie se le anticipase; presumía que iba á morir al atacar contra la existencia del Presidente de la República en medio de su numeroso séquito y ejército, y en esa persuasión se puso en el bolsillo un papel con su nombre é indicación del domicilio para que sobre el cadáver se comprobase la identidad de su persona. Quería dar su vida en holocausto á la regeneración de su patria!

La historia no registra una tentativa de homicidio político llevada á efecto con más sangre fría y más desinterés y abnegación!

El delito de Arredondo por los datos que suministra el estudio del individuo, su carácter moral, su vida ejemplarmente virtuosa, pertenece según la clasificación de los criminalistas de la moderna escuela italiana á los delitos que dimanan del *egoaltruismo*, y que tienen su origen en el tributo pagado al honor, al patriotismo, y análogos nobles sentimientos; de cuyos delitos dice uno de los más notables autores del día, (1) "que toman el aspecto de una reacción *legítima en principio* aunque excesiva."

Como en el Bruto magistral de Shakespeare, la piedad ha sido el móvil determinante del atentado de Arredondo. Todas sus declaraciones lo comprueban: deseaba evitar la continuación de la guerra civil que costaba la vida á miles de sus compatriotas: le dolía que los dineros del pueblo se robasen á pretexto de mantener una guerra maldecida que el país entero repudiaba!

Detenido por la policía y puesto á disposición de sus jueces naturales, se le designó de oficio defensor en la persona de un distinguido letrado de su misma opinión política; pero él no quiso aceptarlo y nombró espontáneamente al abogado que estas líneas escribe y que no pertenece á nin-

guno de los absurdos partidos en que está dividida la sociedad uruguaya.

La defensa de Arredondo se ha basado especialmente: 1º en que está amparado por la convención de paz de Septiembre de 1897 que mandó sobreseer en todos los procesos políticos *sin excepción alguna*; 2º en que no habiéndose practicado autopsia, no existe prueba de que Idiarte Borda muriese á consecuencia del tiro de Arredondo; 3º en que no es el prevenido responsable del atentado, por haber obedecido á sugerencias de la opinión pública que señalaba á Borda como reo de lesa patria que cualquier ciudadano tenía el derecho de ajusticiar.

En primera instancia, un veredicto de tres jurados entre cinco, por mayoría de un voto propició una sentencia que impuso al reo la pena de trece años de penitenciaría; pero apelado ese fallo, en segunda instancia una mayoría de siete jurados entre once aceptando las conclusiones de la defensa en su informe oral, suscribió un veredicto luminoso que obligó al Superior Tribunal de Justicia á revocar la sentencia apelada, dictando otra que absuelve al prevenido de culpa y pena.

Apelada esta sentencia por el Sr. fiscal del crimen Dr. Real, el proceso se está substanciando en tercera y última instancia, y quedará en Marzo del corriente año pronto para verse en juicio público.

Si los jurados á quienes toque actuar en esa instancia, se inspiran como los de segunda en la verdad de los antecedentes del asunto, no podrán cometer la injusticia de hacer responsable á un solo ciudadano de la aspiración, la propaganda, las pasiones ó la aberración de un pueblo entero que le puso el revolver en la mano: y entonces un veredicto de equidad determinará una sentencia que confirme la de segunda instancia, y recobrará Arredondo su libertad para reanudar la labor honesta que constituye el afán y el orgullo de su vida.

LUIS MELIAN LAFINUR.

Montevideo, Enero 4 de 1899.

## NOTAS

La sagaz interpretación que dió en el 2º número de esta Revista el Dr. Ricardo del Campo, al homicidio perpetrado por Casimiro Tapia en la persona de su novia y en circunstancias novelescas, abre en verdad nuevos horizontes al estudio de ese caso extraño.

La psicopatía presenta no pocos ejemplares de delincuentes, cuyos móviles bastan á explicar ciertas lecturas, que asimilando el protagonista al de un romance cualquiera, lo conducen por distintas vías á unos mismos resultados.

La sustitución de situaciones y aún de

(1) R. Garófalo - «Criminalogia» (edición francesa) Parte III Cap. IV.

individualidades no es de ninguna manera rara entre los degenerados ó puramente predispuestos. En el loco el descarrilamiento es total: la coexistencia de cinco ó seis individualidades en el cerebro, como otros tantos monarcas débiles y beligerantes que se disputan un trono, según la feliz frase de Tarde, es el producto de una completa anarquía cerebral. Surgen á modo de atávicos señores, en el territorio litigioso, y el verdadero poseedor, el yo individual, ó es anulado ó se convierte en un espectador pasivo.

No pasa lo mismo, — aún cuando la naturaleza fenomenal sea idéntica, — en el caso de la megalomanía, que da posesión del cerebro á un millonario, á un emperador ó á un Dios. Aquí el señor natural después de dejar al intruso visitante que por *uti possidetis* se transforme en dueño de la zona en que se ha entronizado, se le somete y se vuelve su esclavo. La sustitución, ó mejor dicho la compenetración, llega á ser completa, á lo menos en ciertos períodos.

Pero no siempre es indispensable la locura para que se produzcan fenómenos de un orden bastante parecido. Rocco de Zerbi, en su admirable estudio sobre el Hamlet llega á admitir la posibilidad de la locura por una ficción repetida, y es así como, también, explica la muerte de una artista en la escena, posesionada del papel de Ofelia, hasta la repetición espasmódica del fallecimiento. Quien esto escribe conoció á un joven hermosamente organizado, inteligente, culto, apasionado por los ejemplos de Catón y de Bruto, hasta el extremo de quitarse la vida en un combate perdido por las banderas bajo las cuales militaba (1).

El Juan Moreirismo de nuestro bajo pueblo, en cierta época en que anduvo de moda el siniestro personaje idealizado por Ed. Gutierrez, — el personaje gauchesco enamorado, gozador, peleador de policías, presuntuoso, fanfarrón, — demuestra bien á las claras la posibilidad de una positiva yuxtaposición psicológica, no ya en un hombre, en la misma muchedumbre. Es así como un tipo ideal cualquiera, por acción simpática, llega á influir sobre una masa

de hombres. El fenómeno inverso, la masa influyendo sobre uno solo, tampoco es extraño. Avelino Arredondo, de quien se ocupa en este número un colaborador uruguayo, puede ser considerado como un *especimen* de esta influencia.

Y es que en psicología, como en mecánica, como en física, existen acciones y reacciones: una idea da lugar á una acción; una influencia recibida se traduce en una imitación; un contagio sugestivo en una volición sub-consciente. Y después de todo ¿qué hombre no tiene algo de los demás, de sus ideas, de sus hábitos, de sus sentimientos y algo también de común con los héroes de los libros que ha leído? Y quien, aún exagerando su propia ineidad, no ha tomado por modelo en alguna situación de la vida sinó á un ente de imaginación, por lo menos á un amigo, á un hombre reputado superior en algún sentido?

Estamos hechos de herencias y atavismos, pero en la vida recogemos muchos sedimentos extraños, que modifican el curso de nuestros pensamientos y hasta de nuestras tendencias.

Que un individuo de poca inteligencia, de escasa energía volitiva, sin consejos que le hagan abandonar la senda peligrosa, tome por modelo á un bandido y será probable que cometa algún hecho propio de bandido.

Quien sabe después de todo cuántos héroes, cuántos artistas y qué número de santos, no son otra cosa que auto-sugestionados!

VICTOR ARREGUINE.

## Anomalías fisonómicas

### El vivo muerto y el muerto vivo

La expresión fisonómica responde no solo á un estado accidental y efímero del espíritu, sinó que traduce, en la expresión habitual, la modalidad psíquica del sugeto y su manera individual de reaccionar.

Las múltiples excitaciones que continuamente nos vienen del mundo exterior y que producen gran variedad de emociones, van dejando huellas de su paso en los surcos de la piel del rostro, como las olas dejan el rastro de su empuje en los delicados arabescos de la arena.

En la risa, la contracción de los zigomáticos

(1) Ernesto Villa, de 17 años, lector entusiasta de las *Vidas paralelas*; se suicidó en la derrota del Quebracho, campo de la República del Uruguay, el 31 de Marzo de 1886.

que levantan las comisuras del orbicular de los labios, acusan el surco naso-labial, elevan la piel de las mejillas y forman una arruga en el párpado inferior disminuyendo la lente palpebral, concluyen, debido á la repetición de su funcionamiento, por grabar en la fisonomía una habitud sonriente.

La ira, que contrae el elevador común del labio y de las alas de la nariz, elevando y dilatando estos órganos, que aproxima y baja las cejas proyectando sombra en las órbitas, por acción del superciliar, expresión dramática de la que han echado mano tantas veces los pintores, produce, también por habitud, surcos característicos en las líneas del rostro que revelan un carácter violento.

El llanto, el terror, la voluptuosidad, etc., en una palabra, todas las pasiones, pasan por la tela compleja y admirable de la fisonomía y se dibujan en ella con matices ténues ó intermedios ó con crispamientos convulsivos.

Las emociones se exteriorizan, entonces, reflejándose en la cara, porque el juego muscular acusa los surcos de la piel, aumenta los relieves carnosos que proyectan sombras en las partes huecas, pone al descubierto ciertos órganos como los dientes ó expulsa las lágrimas obrando sobre el saco lagrimal.

Esto último ha sido puesto en evidencia por las experiencias clásicas de Duchenne de Bologne, experiencias realizadas sobre un anciano á quien una enfermedad especial le había acarreado la pérdida completa de la sensibilidad de la región de la cara (anestesia facial), circunstancia que permitía la introducción de dos agujas eléctricas en las masas musculares, sin que el sugeto acusara la menor sensibilidad al dolor. Pues bien, en este caso, Duchenne producía expresiones á voluntad, según el grupo de músculos faradizados, como se puede ver en la colección de fotografías del referido anciano que acompañan la obra inmortal del sabio francés.

Las distintas emociones no solo transforman la fisonomía, en la reacción instantánea del sacudimiento psíquico actual, sinó que dejan huellas imborrables de su paso, al punto de convertir el rostro ingenuo y fresco del niño en el rostro grito y pensativo del anciano, que ha vivido y ha luchado.

Partiendo de esta base nos vamos á explicar facilmente la curiosa paradoja que resulta de la comparación de las dos fotografías que reproducimos: la cabeza de un vivo (fig. 1) que tiene la frialdad y la expresión negativa de la muerte, y la cabeza de un muerto (fig. 2) que está viviendo, en

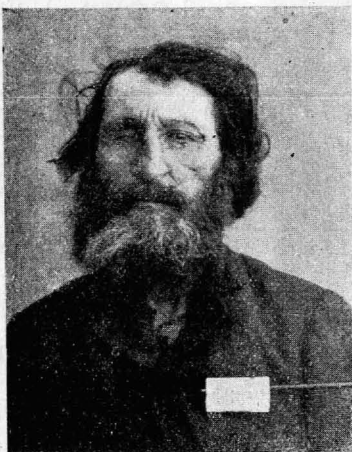


Figura 1.

apariencia, y que parece animarse en un grito pasional.

En la figura 1 vemos una cabeza curiosa por su impassibilidad; la piel es pálida, arrugada y con aspecto de maceración cadavérica; el pelo apeltonado y en desórden y ralo en algunos puntos del cráneo por la acción del favus (tiña); el único ojo que conserva es sin brillo; la nariz está desviada y la boca entreabierta con los angulos relajados.

Se trata aquí de un sistema nervioso obtuso y poco sensible á las excitaciones normales, que ha reaccionado casi negativamente á los agentes exteriores.

La vida entera del caso que nos ocupa se puede leer á través de su retrato. Este desgraciado recorre inconcientemente las calles de Buenos Aires, con la mirada apagada y el rítmico andar de un autómata, ó se extiende en el suelo, dejando pasar el tiempo, sin que una sola fibra muscular de su rostro se contraiga, sea cual sea el medio en que se encuentra ó la escena de la que es siem-

pre casual expectador; es un vagabundo en suma, algo así como lo que los italianos llaman *lazzarone* y ni más ni ménos que lo que nosotros llamamos *atorrante* en criollo puro.

Este ser está reducido á una pasividad completa y no ha tenido con el mundo exterior mas relaciones que las indispensables

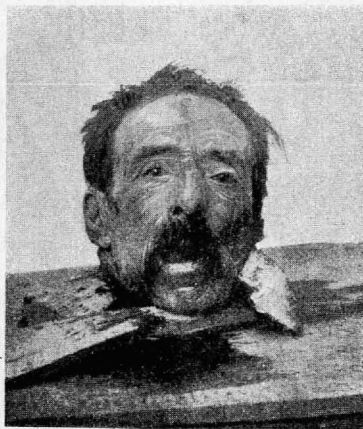


Figura 2.

para mantener en equilibrio la vida vegetativa de su máquina animal.

Fué condenado por robo y pasó su condena con su indiferencia habitual, sin hacer manifestación de ningun sentimiento, tanto el día en que se le notificó la sentencia como cuando le abrieron las puertas de la cárcel declarándolo libre.

Agno á los excitantes psíquicos externos, no ha tenido emociones y, por consiguiente, su historia, leída á través de las líneas de la fisonomía, es una página en blanco: esta vez las olas han chocado no ya con la arena movediza y blanda sinó con las incommovibles rocas de granito!

La figura N. 2 es la fotografía de un suicida tomada pocos instantes después de su muerte. Se trata aquí de un individuo que se extendió en la vía férrea y á quien el ferro-carril, con el corte nítido de la guillotina, le separó la cabeza del tronco.

La casualidad ha realizado aquí una experiencia vulgar de fisiología, produciendo la sección del bulbo raquídeo en el nudo vital de Flourens, ocasionando la inhibición nerviosa consecutiva, que paraliza inmediatamente las actividades orgá-

nicas, produciendo la muerte instantánea. Debido á esto, la expresión de dolor esbozada en los primeros instantes del traumatismo, ha quedado paralizada y se ha conservado en la cabeza separada del tronco, lo que viene á comprobar una vez más la tesis de Duchenne á la que nos hemos referido.

Reasumiendo: tenemos en la figura N. 1 un ejemplo de expresión habitual negativa y por eso nos explicamos la apariencia de muerte, y en la figura N. 2 la contracción muscular que traduce un estado actual del espíritu, destinada á desaparecer, pero que, gracias á la acción inhibitoria y á la cesación brusca de la vida, se ha hecho permanente.

C. DEL CAMPO.

## La ejecución de Vacher

El horrible instrumento de Mr. Deibler ha alzado los brazos al cielo de la Plaza de Bourg (Departamento del Ain), y en nombre de la *justicia humana*, de la *reintegración del orden jurídico turbado*, ha hecho rodar en la histórica cesta, la cabeza del vagabundo Vacher, del matador de los pastores, que desde años atrás horrorizaba con sus hazañas las pacíficas aldeas de la alta Francia.

Las narraciones fantásticas continuarán por mucho tiempo y aumentarán en datos horribles.

La figura insulsa del peregrino sanguinario asumirá en la fantasía de los buenos burgueses y en las fábulas de las veladas de invierno, todas las metamorfosis necesarias para hacerse el prototipo de la bestia feroz hecha hombre, pero quizá la ciencia hará decir bien pronto á ese mísero cadáver una palabra bien amarga contra los Jueces y Códigos que lo condenaron en vida.

Apenas se descubrió el autor del último homicidio sensacional y se levantó el velo que cubría los muchos otros, la prensa se apresuró á dar todas las ediciones posibles sobre el *sujeto*, hablando de *cinismo repugnante*, de *ferocidad*; buscando una causa cualquiera á cada crimen de Vacher y pidiendo *venganza* en nombre de las pobres víctimas.

Entre tanto clamor de las almas timoratas que al presentarse tales fenómenos gritan sobre la necesidad de una *lección ejemplar*, prontas á gritar mañana con más fuerza en pro de la abolición de la pena de muerte, fueron pocas las voces de aquellos que, en nombre de la ciencia, osaran hablar

de locura, equiparando el desgraciado vagabundo á sus víctimas, en lo referente á las causas psíquicas de los horribles crímenes.

Las protestas no fueron pocas y la pasión popular invadió á todos, desde el Juez hasta el perito, y ante el extraño proceder de Vacher, no se tuvo ya vacilaciones en declamar la *simulación*, la *comedia*, mientras el desgraciado en la inconsciencia de su desventura, no comprendía tal vez porqué habria debido finjir que no sabía porqué, sin motivo alguno, habia dado muerte á tantos inocentes guardianes de gansos y rebaños.

La *justicia humana* ha tenido la cabeza del reo, habiendo respondido afirmativamente á todas las cuestiones los buenos jurados, desde la de ser Vacher el autor de todos los crímenes imputados, hasta la de haber obrado con premeditación y aún *en la completa posesión de sus facultades mentales*!

No obstante los grises albores de un sábado invernal, la injenua muchedumbre de Bourg, se habrá trasladado con ansia y satisfacción á la plaza donde se había levantado la guillotina; habrá acogido con el acostumbrado murmullo hostil y con las espontáneas imprecaciones, la llegada del condenado, y habrá experimentado una sensación de satisfacción íntima cuando la fulgurante *lunette* se deslizó y la cabeza del desdichado cayó en la cesta!

Juristas y hombres de pensamiento (como les llaman algunos clásicos á los secueces de la escuela ortodoxa) habrán sonreído, á su vez, á la idea de que se pretendía hacer pasar á esta materia..... de patíbulo, por un loco, y habrán creído encontrar al fin, un hecho para contrarrestar las estadísticas inconclusas de los *innovadores utopistas*!

Parece, sin embargo, que la antropología, en nombre de la ciencia, no tardará mucho en tomar su revancha, y la cabeza del ajusticiado suministra las armas con que el Dr. Mabeuf, que había ya estudiado y declarado irresponsable á Vacher, habiendo obtenido ese documento humano, ha descubierto en él la presencia de una bala alojada allí á raíz de una tentativa de suicidio y que interesa especialmente la sustancia cerebral, hasta el punto de impedir el desenvolvimiento regular y completo de las facultades mentales y de su funcionamiento.

Segun el Dr. Mabeuf, al cometer Vacher los numerosos y atroces delitos que le son imputados, habría obrado en consonancia no ya con la conciencia de la criminalidad de los hechos, ni con libertad, sinó bajo el impulso de una verdadera locura homicida.

El suicidio intentado, de que es consecuencia el alojamiento de la bala en el cerebro, sería por sí solo una primera prueba de la constitución psicópata y aun degenerada del individuo; el cuerpo extraño presente desde entonces en el sitio de la vida intelectual y volitiva, habría aguzado hasta la locura total y bajo una forma impulsiva, el principio congénito de la degeneración.

La absoluta falta de causa inmediata que lo moviese á la mayor parte de los delitos cometidos (tanto que se tardó mucho en llegar á descubrirlo), y su actitud de mente (creída simulación) en el período de la instrucción, son la elocuente confirmación aún ante un exámen superficial del fenómeno.

Dada la naturaleza feroz y peligrosa de la demencia de Vacher, ni el veredicto de los buenos jurados, ni la consiguiente supresión del condenado, pueden ciertamente dar lugar á escesivas y sentimentales protestas de parte de los secuaces de la escuela positiva, la cual ante tan dolorosos fenómenos y la necesidad de la defensa social, no rechaza el declarar necesario y oportuno este modo de selección en ciertos y determinados casos.

Lo que es indudable, es que la *responsabilidad moral* de los buenos clásicos, que es la única razón de las penas graves en los Códigos del *libre albedrío*, tiene en el caso Vacher una nueva y decisiva desmentida.

ARTURO RIVA.

## Atavismo Pampa

(Del libro en preparación "*Estímulos del delito*")

(Véase el núm. anterior)

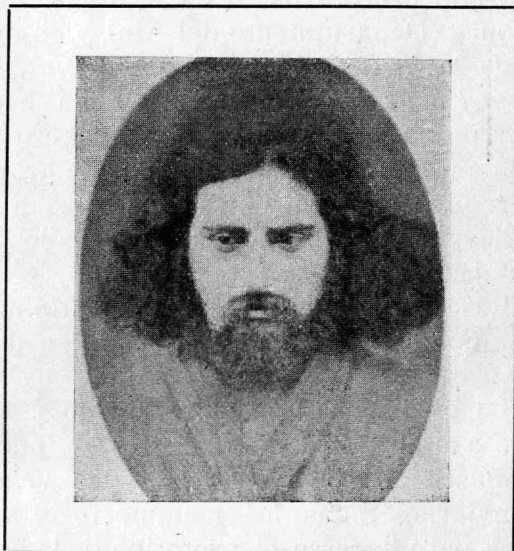
La confianza era difícil, no por desconfianza, sinó porque el individuo dudaba de sí mismo, no se reconocía, se ignoraba; él para él, á veces, no era él, temía equivocar hasta sus propias intimidades y mal interpretar el móvil de las atrocidades que la justicia le imputaba.

"No me tengo fé," solía decirme en los momentos que explicaba sus infortunios que

remontaban á las primeras épocas de su vida.

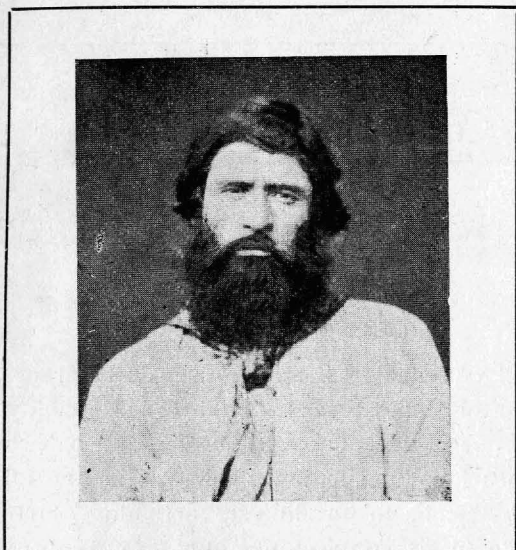
Desde muy jóven había vagabundeadó sin más guía que su capricho, ni más norte que el frío, el hambre y el placer. De sus progenitores solo sabía lo que le refiriera un viejo gaucho, muy vinculado por comunes fechorías con su padre; un lindo mozo payador; más enamorado que un triunfo y con más gracia que una carcajada á tiempo." Ese amigo le refirió que había conocido también á los antepasados de la madre, una robusta y elegante china, hija del cacique Cungurá, de las tribus salvajes del sur.

Al repetir lo que el viejo amigo de su padre le contara referente á los anteceso-



res de la línea materna, se perdía en comentarios sobre cosas vagas, contradictorias y obscuras. Parecía haber sido enjendrado al compás de una rima criolla ó en la sorpresa de un alarido de *malon*. La china fué mansa, sumisa y amante leal del payador; solo se entristecía al recuerdo de los suyos ausentes y en perpetua lucha con el cristiano. De su abuelo se contaban hechos inauditos. Los indios más que respetar, le temían: era tan feroz, perverso y sanguinario, que sus irrupciones á poblado dejaban el recuerdo lúgubre de los incendios, muerte, ruina, de la desolación y de lo espantoso. Allá por los años de 1840 y tantos, invadió con su tribu á un pueblucho del sur. Después de robarlo todo, de destruir por el fuego lo que no se pudo llevar, de matar á cuanto infeliz cayó en sus garras,

para colmo de maldad ejecutó otro hecho que ha permanecido indeleble en la memoria de las gentes que por allí hoy viven. El penúltimo día de permanencia en el pueblucho, ordenó se presentaran en el rancho que él habitaba, á todas las mujeres, grandes y chicas, sin respetar pelo ni marca, que hubieran quedado con vida despues del malon. Quieras que nó, la orden fué cumplida y encerradas en el rancho todas las mujeres que pudieron encontrarse á tiro de manotón. Luego entra Cungurá y separa las de su apetito en número de seis y el resto las reparte entre sus capitanejos y gentuza de mando. Ordena á estos retirarse con sus respectivas regaladas y se encierra él solo con sus seis cautivas.



Allí permaneció el bandido durante el tiempo que quiso, hasta que se le vió taciturno y sombrío, salir solo del rancho y con voz de trueno disponer el regreso de la invasión.

Al día siguiente de la partida, acudió presurosa al sitio desolado una fuerza del ejército de línea, destacada por aquellas regiones para defender á sus habitantes del pillaje del indio.

El rancho, nido de amor de Cungurá, fué franqueado pudiéndose así presenciarse el espectáculo repugnante y de honda tristeza que nos provocan las supremas canalladas.

Las seis mujeres yacían muertas y confundidas con botellas de licores y restos de comida. Las paredes salpicadas y dibujadas con sangre, señalaban muertes deses-

peradas y anhelantes. Las jóvenes parecían desfloradas á cuchillo y las otras desdichadas con tajos en los pechos y caderas, como medios de placer.

Jamás escena alguna pudo representar más vibrante y á lo vivo el placer cruel, el amor doloroso, la sangre del libertinage, gérmenes del goce que los dolores ajenos proporcionan.

M. CARLÉS.

(Continuará).

## El crimen de La Magdalena

y la delincuencia senil

El principio contenido en el art. 83, inc. 2º del Cód. Penal Argentino, y sancionado también en casi todas las legislaciones punitivas contemporáneas, que establece como circunstancia atenuante de la responsabilidad, la edad mayor de setenta años, es una de las escasas previsiones de fondo positivo que han podido deslizarse entre los clásicos preceptos de nuestra rancia legislación criminal.

Y es curioso constatar el contraste que á este respecto presenta el criterio del legislador, aún dentro de la misma disposición, entre la sabia y práctica previsión de la atenuante de la edad, y su fijación arbitraria en un número de años determinado, excluyendo por completo en el cómputo del mismo, las variantes naturales del sexo y de la organización.

Sin embargo, la primera de esas variantes ha sido tomada en cuenta especialmente en otras prescripciones legales, aún cuando de índole civil, con respecto á la capacidad para contraer matrimonio, etc.

Por otra parte, la constitución orgánica en uno y otro sexo, varía infinitamente con los distintos temperamentos individuales cuya vejez prematura, ó escepcional conservación hacen imposible la fijación, en términos absolutos traducidos en una cifra numérica expresiva de la edad y con respecto á la imputabilidad.

Pero en defecto de este criterio numérico, puede y debe establecerse desde luego como norma general, que desde la edad de sesenta años, la decadencia natural del organismo influye sensiblemente en la escala de la imputabilidad.

El desgaste de las energías vitales, especialmente de la actividad mental, la depresión del sis-

tema nervioso, la exageración del sentimiento egoísta producto de la menor impresionabilidad afectiva y talvez de la amarga experiencia de la vida, — son los caracteres fisio-psíquicos *normales* de la edad madura, cuyos síntomas es fácil constatar en la mayor parte de los delincuentes sexagenarios.

Ahora bien, en el septuagenario, existen los mismos caracteres, pero más acentuados aún, cuya naturaleza francamente *morbosa* se traduce en una verdadera alteración de las facultades intelectuales.

En numerosos casos de delincuencia senil ha podido constatarse un principio de desequilibrio mental, existente siempre á partir de los setenta años de edad.

Así, pues, el Código Penal, al aceptar como atenuante genérica la menor *responsabilidad* en el delincuente mayor de setenta años, solo toma en cuenta el período de las perturbaciones mentales *visibles*, que constituyen en la práctica y en la mayor parte de los casos, verdaderas eximentes, más que atenuantes, bajo el punto de vista físico y legal.

Mientras tanto, las perturbaciones fisiológicas normales en el sexagenario, aún sin revestir caracteres morbosos, constituyen, no obstante, innegables desequilibrios en el funcionamiento de las facultades mentales, y por consiguiente influyen considerablemente en la mayor ó menor imputabilidad.

En el caso que nos ocupa, trátase de un delincuente, cuya edad, caracteres anatómicos y antecedentes anamnésicos, constituyen la mejor comprobación de la tesis que sostenemos.

Gregorio Gonzalez — tal es el nombre del homicida de La Magdalena — cuenta sesenta y dos años de edad; es de baja talla, de escasa capacidad craneana, ángulo facial deprimido, mandíbula voluminosa, orejas de asa, mirada vaga é indecisa, expresión estúpida y apática.

Sus caracteres morfológicos degenerativos, sus condiciones psíquicas, la apatía y perversidad demostradas en la ejecución alevosa del delito y en su cínica y circunstanciada confesión, como también la falta de causa real en la perpetración motivada tan solo por la suposición morbosa y obcecada de la conducta atribuida á la víctima con respecto á la concubina del matador, que habría escitado los celos en este último, — son otras tantas causas presuntivas de su incipiente alteración mental.

No desautoriza esta conclusión, la circunstancia de que ni en la conversación habitual de Gonzalez,

ni en los actos de su vida común, se manifiesten síntomas visibles ó exteriores de enajenación.

Es sabido que en el proceso patológico de la demencia, se suceden gradualmente diversos períodos que son en su principio difíciles ó imposibles de diagnosticar, porque los efectos latentes de la enfermedad, sin traducirse en desvarios exteriores de la coordinación de ideas en la conversación, influyen sin embargo considerablemente en la asociación y deliberación interior.

El fenómeno está suficientemente comprobado en las autopsias practicadas sobre cadáveres de delincuentes y especialmente — para referirnos al caso más reciente — nos bastará citar en nuestro apoyo el proceso Vacher de que se da noticia en otro lugar.

RICARDO DEL CAMPO.

## El Crimen de Arredondo

Asesinato político

Al Dr. MARTIN M. TORINO.

El convencionalismo egoísta de la prensa, al atacar fuertemente al tribunal de la República vecina, por el veredicto absolutorio que ha pronunciado á favor del matador del Presidente Idiarte Borda, me ha inspirado este artículo doctrinario basado en las convicciones que tengo sobre este debatido tema, fruto de mi meditación y estudio.

Sin reparo aplaudo ese justiciero fallo, y los jueces que lo han suscrito, han demostrado que son hombres de caracter probado y de energia cívica.

Mi defensa no se condensa á este caso particular, sinó á defender el *tiranicidio* cuando él es necesario para suprimir un estado de cosas abyecto y vergonzoso.

Acepto la doctrina de Luis Blanc, cuando plantea la cuestión en estos términos: "si es preferible el ser tiranizado, ó el ser tiranicida", acepto el ser *tiranicida*.

Los pueblos que aceptan sin protesta un tirano, son decrepitos ó corrompidos, han perdido la idea del honor y de la dignidad, y ellos no aportan un ápice al progreso y á la civilización de la humanidad.

El tirano tiene el *derecho* de matar, de robar, de ultrajar y de cometer cuanto desman se le ocurra á su desenfrenada voluntad. Para él no hay *ley* que

le obligue ó que reprima sus fechorías; la ley está bajo su omnimoda férula.

Ahora bien; cuando una fiera rompe los hierros que la aprisionan en su jaula, ó se evade de ella, cualquier hombre tiene el derecho de matarla; cuando un hombre se ve atacado por un asesino, por un ladron ó por un monstruo que pretende ultrajar su honra, ese hombre tiene el derecho de matar al asesino, al ladron ó al infame.

Si esto es cierto en las relaciones de los hombres entre sí, cómo es posible que se diga que un ciudadano sin más ideal que el de la patria, sin ningún propósito egoista, haga mal en inmolarse á un tirano, ó á un gobernante conculcador de las leyes ó publicano? "A grandes males, grandes remedios" ha dicho el padre de la medicina.

Si el Tribunal que ha absuelto á Arredondo, ha declarado en un fallo, que el procesado interpretó los sentimientos y las ideas del país al eliminar á Idiarte Borda; cómo es posible sostener que es pasible de pena Arredondo? resultaría que sería culpable como *cómplice* el pueblo oriental, y habría que imponerle la pena inmediata menor; pues sinó, resultaría un fallo irritante, en que el actor del delito fuese culpable y sus cómplices inocentes.

Acepto dentro del mecanismo político, como un procedimiento necesario, para la libertad de los pueblos, la muerte de los tiranos, desde que por ese medio se elimina *el causante del mal*.

Y si no fuese esto cierto; que fuerza tiene un pueblo para derribar á un gobierno de oprobio y de ignominia? La revolución; la acepto también, pero cuando esta es imposible, cuando no prospera, cuando la sociedad está tan prostituida pues los gobiernos culpables aplauden y fomentan la *dela-*  
*ción* y la *traición*, no queda más medio justo que el asesinato político para matar al tirano, *sic semper tyrannis*.

El Senado Romano, en los primeros tiempos del *cesarismo*, para contener la tiranía de los emperadores, llegaba un momento en que recobrando la virilidad y altivez de los tiempos de la república, declaraba *enemigo público* al tirano, es decir ratificaba un hecho que ya existía; ante esta sanción los ciudadanos sabían que podían inmolarse al tirano, y este para escapar al castigo público, muchas veces se daba la muerte por su propia mano. Solo cuando el Senado Romano se envileció y aceptó sin *protesta* y como un hecho *consumado* la tiranía, cuando el pueblo se hizo cómplice de los vicios de Heliogábalo y de Caracalla, fué que allí se perdió todo sentimiento de dignidad y de pudor, y en este estado anormal estuvo viviendo años y siglos,

hasta que se necesitó que los bárbaros con Atila, Genserico y Alarico, destruyesen al orden constituido la *ciudad eterna* y se formase después una nueva vida y otro estado distinto de cosas.

Si el pueblo no hubiera aceptado el cesarismo, si en el senado hubiesen quedado discípulos de Bruto y Casio, la tiranía y el cesarismo no habrían dominado como un hecho fatal al mundo romano. *Muerto el tirano, la tiranía debe desaparecer. Sub lata causa tollitur efectum.*

Pero se objeta y se dice: quien puede decir, juzgar lo que se entiende por un *tirano*? *La conciencia humana* y la idea de moral y dignidad; si los pueblos y los hombres son los *mandantes* de los gobiernos, es porque tienen conciencia y saber para elegir, y si la tienen para esto, evidentemente la deben de tener para deponer y castigar al tirano. Donde la sociedad conserve la noción de lo justo y de lo injusto, donde se predique y acepte la moral y la virtud, la tiranía es imposible. Así pues, donde los ciudadanos se dan cuenta que hay un gobierno que mata *al opositor* que le estorba, cuando amordaza la libertad de la prensa, cuando la tribuna popular está enmudecida, cuando la propiedad es confiscada, cuando se aplaude y fomenta el despotismo, entonces hay un estado relajado y enfermizo, el *gobierno* de ese estado es tiránico, y debe y puede ser muerto ese gobierno, por el *vengador ó el mártir del pueblo*.

Con toda injusticia se pretende decir ("La Nación"), que quien defiende el fallo absolutorio de Arredondo y el acto consumado por este último, tiene que aplaudir la muerte de la desdichada emperatriz de Austria, inmolada por el fanatismo de un anarquista. No tal, porque los hechos no son idénticos; Idiarte Borda era un gobernante vulgar y conculcador de las leyes, el peculado y el cohecho era el sistema con que gobernaba; mientras que la emperatriz Elisabeta, era una mujer honesta y virtuosa, que para nada intervenía en los destinos públicos de su nación. Entre el acto de Arredondo y el de Lucheni, hay la misma diferencia que entre un homicidio hecho en legítima defensa y otro ejecutado con premeditación y alevosía, sería una insensatez decir que el que defiende al homicida que mató en legítima defensa, debe por ello defender al homicida alevoso. Es pues un argumento de aparato y de efecto el que se hace, bueno para los incautos y timoratos.

Pero también se dice que el criterio público, se extravía, se cambia y modifica y que aplaude hoy lo que vituperaba ayer. Lo sé por desgracia que esto es exacto hasta cierto punto; y hasta entre nosotros ha sucedido ese fenómeno. Hace

apenas siete años, que el pueblo de esta capital hacía grandes meetings para pedir el castigo de los conculcadores públicos, allí levantaban su voz los dos malogrados apóstoles de la causa popular, Alem y Del Valle; se creía y se esperaba que la moral pública sería reparada, y que los publicanos y sayones serían juzgados y condenados; pero desgraciadamente nada de esto ha sucedido, la mayor parte de los hombres que entonces estaban en las filas del pueblo han desertado de su puesto; han fraguado alianza con los conculcadores eternos de los derechos del pueblo y esta *mutación* es debida á la falta de carácter, á la ambición de acaparar los puestos públicos y á la falta de una sólida y buena educación política.

Se dice también que la figura de Maquiavelo y la de César Borgia no han sido la de un político rastrero el uno y la de mercenario capitán el otro, que vendía su espada y sus huestes al oro de los españoles ó de los franceses; pero si toda defensa es posible, ella no logrará destruir el fallo histórico fulminado contra Maquiavelo y su discípulo César Borgia, uno es el autor de un libro "El Príncipe" que da sabias lecciones á los tiranos y pervierte á los pueblos, y el otro un aventurero político manchado con los crímenes de su padre Alejandro VI y de su hermana Lucrecia. La tumba de Neron, pocos años después de su muerte, apareció por manos anónimas adornada de flores!

Por otra parte, creo que es más justo el *tiranicidio* que el *asesinato legal* que se denomina pena de muerte.

Es una ignominia, una vergüenza, una cobardía, que el estado tenga que eliminar á un criminal, para estar seguro y tranquilo.

Para qué sirven las cárceles y los presidios? Son impotentes esos lugares para albergar á hombres de esa naturaleza? No matarás dice la *ley divina* y sin embargo la *ley humana* decreta la muerte! Y en qué forma! en una aleva, cuando el criminal no puede defenderse, cuando es inofensivo, en ese estado se la última y la *justicia humana* queda satisfecha porque ha muerto á un hombre.

Y pueden parangonarse los crímenes privados, por más enormes que se les considere, con los que comete un tirano! Cual es más peligroso para la sociedad? No hay duda que el tirano, y entonces porqué no eliminar á éste en vez de seguir sufriendo degradaciones y humillaciones hasta que la furia se le calme á ese monstruo.

Toda la humanidad civilizada aplaude y justifica el acto heroico de Judith librando al pueblo hebreo de la tiranía de Holofernes, y así como ésta hay una porción de *eliminaciones* de tiranos que han merecido el aplauso universal.

Yo sé que han habido asesinatos políticos que no pueden justificarse y que han merecido la reprobación de todo el orbe, pero de ahí no se sigue que por el *mal uso* que se haya hecho del sistema, este debía condenarse en absoluto. No. Sería lo mismo que prohibir el ejercicio de la medicina, porque han existido y existen médicos que por ignorancia ó descuido son los causantes de la muerte del enfermo. Lo que hay es que la humanidad aún no ha *inventado nada perfecto*, y por ello es que hay remedios que en unos casos producen espléndidos resultados, mientras que en otros son totalmente ineficaces.

Para terminar este artículo, afirmo que el *asesinato político* está *consagrado* en la República Oriental con su Himno Patrio, y han hecho bien en consignarlo sin ambages, y con toda sinceridad, los descendientes de Artigas que encarnaba el valor indomable de los charruas, y la figura legendaria de Don Joaquin Suarez modelo de gobernantes cívicos y honrados:

« Y hallarán los que fieros insulten  
la grandeza del pueblo Oriental,  
si enemigos, la lanza de Marte,  
si tiranos, de Bruto el puñal. »

\* \*

Pues bien, mientras exista ese anatema, y nazcan ciudadanos como Ortiz y Arredondo, que lo pongan en práctica, los Santos é Idiarte Borda. llevarán su merecido y los Cuestas vivirán entre pretorianos y prometas!

Felices los orientales que eliminan á los aventureros políticos y á los tiranos.

Honor al Tribunal que ha pronunciado el veredicto absolutorio de Arredondo!

DOMINGO P. DE MARIA.

#### NOTA BENE.

Sobre un tema tan grave y tan controvertido como el del homicidio político, hemos querido dejar amplia libertad de apreciación á nuestros dos distinguidos colaboradores, Doctores De Maria y Melián Lafinur, quienes aun cuando bajo diversos puntos de vista, llegan á idénticas conclusiones jurídicas: la justicia de la absolución de Avelino Arredondo, matador del Presidente de la República del Uruguay, Idiarte Borda.

Por nuestra parte nos reservamos el derecho de emitir á su tiempo nuestra opinión sobre el célebre debate, imponiéndonos por ahora una reserva absoluta en razón de estar todavía el acusado *sub-judice* con motivo de la apelación interpuesta en tercera instancia, por el Ajente fiscal, contra la sentencia absolutoria del Jurado.

Por lo demás es innecesario repetir aquí lo que hemos manifestado siempre: que las opiniones personales vertidas sobre cualquier asunto en las columnas de esta Revista, bajo la firma y responsabilidad de nuestros ilustrados colaboradores, no implica en manera alguna adhe-

sion de la Direccion, ni del cuerpo de Redactores á las tesis y conclusiones en tales artículos contenidas.

Nuestra divisa es y será: independencia de convicciones científicas y responsabilidad personale de los escritores.

LA REDACCION.

## Jurisprudencia

### y Crónica Judicial

#### APUNTES Y CONSIDERACIONES

Los Tribunales de la República callan por el período de las ferias, y de Europa no nos llega más que el eco siempre rumoroso y sugestivo del proceso Dreyfus que cada día asume nuevos aspectos y nos ofrece nuevas fases del prisma político-militar-religioso-jurídico que lo constituye.

La ejecución de Vacher, de la que hablamos en otro lugar, el descubrimiento de la sociedad de estafadores y *cuenteros* internacionales, el crimen de La Magdalena, etc., son los demás episodios resaltantes que pueden interesar; pero que por haber sido ya tratados ó por hallarse en el principio de la instrucción, no pueden proporcionar materia á esta sección que por consiguiente está también de feria.

Nos limitaremos, pues, á consideraciones de orden general, notando desde luego cómo, mientras las crónicas de Europa callan casi con relación á los delitos de sangre, las argentinas, en cambio, de dos meses á esta parte y más aún desde el principio de los calores estivales, marcan un incremento doloroso y alarmante en la delincuencia sanguiñaria.

Por la ley de causalidad, hoy innegable como informadora de todo orden de fenómenos del mundo orgánico é inorgánico, tal contraste tendrá una causa de orden general que no es ciertamente la voluntad libre y absoluta de los desgraciados que delinquen más en este período que en ningun otro del año.

La escuela positiva, en efecto, confirmándose por las repetidas observaciones y los consiguientes datos estadísticos recojidos, nos enseña como la temperatura y, por tanto las estaciones, tienen variada y resaltante influencia, no solo en el *acrecentamiento y decrecimiento*, sino además, sobre el *género* de la delincuencia, como lo establece el principio constatado de que en el verano se producen preferentemente delitos de sangre, y en invierno contra la propiedad.

En estos últimos días, al calor propio de la estación se ha agregado el viento norte que persistió muchos días en la Provincia de Buenos Aires.

La deprimente influencia de este viento está ya reconocida por muchos escritores de la materia, y hasta José Garibaldi en sus Memorias, re-

cuerda que al aparecer el viento del norte, las naturalezas más buenas entre sus valerosos soldados, se escitaban, y las menos resistentes se escedían en actos muchas veces deplorables, siendo insuficientes para contenerlas, los rigores de la disciplina, la causa de la libertad y el cariño por el gefe.

La prueba más dolorosa de este fenómeno, ha sido el recrudecimiento de los suicidios cuyo número fué escepcional en Buenos Aires, habiéndose consumado é intentado hasta el número de siete en un solo día!

Volviendo á los delitos de sangre y siendo pequeño y relativo el material recojido para hacer un estudio particular ó para valernos de las cifras obtenidas, consignaremos solamente las características generales que denuncian el fenómeno y confirman la constatación positiva con respecto á la influencia de la temperatura, como factor importante del delito.

Ante todo, se han cometido delitos hasta en los pueblos y villas más tranquilas, donde desde mucho tiempo no se registraban hechos de sangre, como, por ejemplo, el crimen de La Magdalena cuya pretendida causa subsistía desde mucho tiempo en el cerebro debilitado del viejo enamorado y solo ahora pudo armar su brazo por la concomitancia del factor atmosférico.

Esta característica no es, por otra parte, más que una faz del fenómeno general de incremento que se verifica en los lugares donde las condiciones de convivencia dan constante materia á la criminalidad.

Segunda característica es la falta ó futilidad de *causas* que justifiquen relativamente el hecho criminaloso. Por ejemplo: en la crónica pólcial de Buenos Aires en uno de estos últimos días se anotaban siete lesiones; y bien, en dos de ellas (y entre los heridos se cuenta un vigilante) no se pudo conseguir el más mínimo indicio sobre el autor, por la falta absoluta de un precedente que explicase semejante venganza; en otros dos la causa aducida era de orden futilísimo y casi ridículo; y las tres últimas, consecuencias de riña que son las formas más impulsivas y diremos casi involuntarias en los actos sanguiñarios.

Otro caracter que se nota en los crímenes últimos, es la crueldad con que se llevan á cabo y la ausencia de la premeditación.

Todos estos datos, aún superficialmente considerados, dan la idea de una causa preponderante y general que altera el organismo psico-físico, sea con respecto á la evaluación de los hechos ó cosas que nos rodean, sea con respecto á la necesidad de la reacción y á la espontaneidad de la agresión, y esta causa no es otra que la alta y depresiva temperatura.

No es difícil la comprobación de las afirmaciones precedentes si se considera las mismas modalidades de vida y las costumbres más comunes de los pueblos civilizados: Porqué se ha elegido la estación de verano para el reposo de los que aplican especialmente su actividad mental? Porqué es en esa misma estación que se conceden las vacaciones á las generaciones estudiosas y hasta los

jueces mismos reducen su acción, en dicha época del año, á los trabajos que reclaman los asuntos de caracter urgente é improrrogables?

Cualquiera que sea interrogado sobre el porqué de la elección del período expresado para el descanso y para las salidas al campo, responderá sin vacilar que ambos hechos obedecen siempre á la inclemencia de la atmósfera.

Los espléndidos trabajos de Cesar Lombroso, *Pensamientos y Meteoros* son los primeros y más brillantes de la escuela positiva. Los hechos y argumentos consignados en esa obra son por sí solos la prueba concluyente de cuanto hemos afirmado.

Importa recordar aquí un hecho particular que aleja toda duda: Los exámenes son para las generaciones escolares uno de sus momentos más graves, y su amenaza turba por muchos días la mente de los estudiantes.

En Italia, se permite á los estudiantes reprobados en los exámenes de Julio (verano) repetir la prueba en Octubre, de manera que, si en tal repetición se obtiene también un resultado desfavorable, el desengaño debe ser mucho mayor en este segundo rechazo, que en el primero, puesto que él importa la pérdida del año escolar, siendo pues irreparable y mayor la severidad del fracaso sufrido.

Y bien, apesar de esta circunstancia que lógicamente debía entrar como factor preponderante en el desaliento y desequilibrio de las almas jóvenes, sobre once suicidios intentados y consumados en un solo año por alumnos desaprobados, solo tres se verificaron en la estación de Otoño (exámenes de Octubre en que las consecuencias eran irreparables) y los ocho restantes se realizaron en verano!

#### EL PROCESO BUTLER EN MONTEVIDEO

Hemos ojeado las dos interesantes memorias presentadas al Juez de Instrucción por el defensor de Enrique Almeida, Dr. Pedro Figari, y hemos podido notar, desde su principio, que esos trabajos son una verdadera campaña y sobre todo una dementida, contra la preocupación general según la cual no tienen valor en el ministerio de la defensa penal, la sinceridad y la conciencia.

La lucha iniciada en ese sentido por los ilustrados artículos del Dr. Figari en el diario « La Razon » de Montevideo, después del veredicto desfavorable de segunda instancia; el valor y, hasta cierto punto, el sacrificio con que afronta las ásperas dificultades que le oponen el prejuicio, la pasión popular, el egoismo, las ilegalidades cometidas, y aún talvez, los manejos de los verdaderos culpables que se agitan en la sombra para frustrar los esfuerzos de una conciencia elejida que lucha sola contra todos, — nos recuerdan el caso Dreyfus que se ha hecho el prototipo de las infamias judiciales.

Pero la espontaneidad y la abnegación que respiran esos escritos no entra para nada en el valor científico de los mismos, y el caso Almeida será,

para la legislación de la República del Uruguay — nosotros lo auguramos — lo que el caso Dreyfus será también al fin para la legislación militar francesa, como lo fué ya para la de Bélgica que, tomando del ejemplo ajeno las enseñanzas respectivas, proveyó hace pocos días con una sabia ley á que una vergüenza como la que se oculta en la Isla del Diablo, no tenga que conmover alguna vez á su pueblo trabajador, ni obligar á los responsables á luchar contra la justicia y la humanidad, en nombre de vanas y absurdas preocupaciones.

Viniendo á la narración sucinta de los hechos, se recordará que Tomás E. Butler, joven de distinguida familia oriental, al salir de casa de su prometida la Sta. Ernestina Fernandez Fisterra, hacía las once de la noche del 14 de Octubre de 1895, — cayó á pocos pasos de la calle Chaná, herido mortalmente por una bala de revolver.

Nadie presenció este drama, y no obstante las activas investigaciones hechas por la policía en el período de cuatro días, no fué posible conseguir indicio alguno, salvo ciertas vagas y explicables leyendas, sin encontrarse tampoco en la vida de la víctima otro precedente que el de haber sido perseguido, (según ella misma lo manifestó) por determinadas personas que nunca nombró.

Por circunstancias curiosas é inexplicables, si se prescinde de la manía de forjar una solución á todo problema, las sospechas recayeron sobre el alfez Enrique Almeida y sobre Juakin Fernandez Fisterra, hermano de la novia de Butler. Bastó que la Policía anunciara el arresto de los dos presuntos culpables, para que desde las masas sentimentales, hasta los jueces se declamase, sin más fundamento, sobre el descubrimiento de los asesinos y se hiciese hasta lo imposible para encontrar, no ya el verdadero culpable (como acertadamente dice el Dr. Figari) sino para descubrir los motivos é indicios para inducir la culpabilidad del alfez Almeida.

Todas las pasiones, todos los prejuicios, todas las ilegalidades fueron invocadas y puestas á contribución con tal fin.

Jueces y Fiscales se constituyeron en la cárcel, como en los buenos tiempos de la Inquisición para *recojer las pruebas* que si en este caso no fueron provocadas con la tortura, lo fueron, sí, con las armas sugestivas que el defensor llama, no sin razón, *sinónimos de la tortura*.

Con tales artes arrancósele á Fisterra una declaración terrible contra Almeida, pero débil ante la elocuencia de los hechos, tanto que fué necesaria una segunda edición corregida y aumentada que chocante, á su vez, con la verdad, dió lugar, enfin, á una retractación completa é incondicional!

La ley prohíbe la reapertura de la instrucción y el Fiscal, confesando no poder pedir una condena, la pide y la obtiene (hasta por el leal consentimiento del procesado) y sin haberse producido nuevas pruebas, basándose tan solo en vagas deposiciones de los parientes de los interesados, solicitó y obtuvo la grave condena del joven alfez Almeida, que apenas conocía á Butler; que ninguna razón de odio tenía contra él, que con una vida correcta y honorable, ajena á las luchas

políticas, había sabido conquistarse la estimación como soldado y como ciudadano.

Durante el debate, los pequeños rencores, las insinuaciones, las inconsultas veleidades de la prensa, las ambiciones de los jueces é investigadores, alteraron el ambiente hasta producir la condenación, *no ya exigida por los hechos, sino impuesta por los hombres.*

Hemos recorrido apenas las dos memorias del Dr. Figari y los numerosos artículos que viene publicando para cooperar á la reparación de lo que él no titubea en clasificar de enorme delito judicial. Esto no obstante, no vacilamos en confesar que hemos recojido impresiones que coinciden completamente con las conclusiones del defensor, y esto no por un sentimentalismo clorótico, sino por una firme y sincera convicción sugerida, en este caso, por la emergencia en el mismo de todas aquellas circunstancias y elementos de hecho (violación de las leyes procesales; pasionalidad del hecho; intervención y extravío de la opinión pública, sobre todo con la intemperancia de la prensa; amor propio y obceciones puestos en juego por jueces, policía y fiscales; necesidad política del momento, y, lo que es más, despreciada falta de pruebas, etc.) elementos y circunstancias que fatalmente se encuentran reunidas en los más clamorosos errores judiciales. Podríamos dar de esta constatación mayores pruebas, además de las ya aducidas por el distinguido defensor de Almeida, pero nos limitamos, por ahora, á recordar el notable trabajo del criminólogo italiano Domingo Giuriati, *Los erros judiciales.*

Es demasiado cierto que al verificarse estos graves acontecimientos (informe el caso Dreyfus) la justicia, como medio y fin último, aún considerada en el sentido de los códigos y de las tendencias imperantes, desaparece absolutamente, ante las necesidades políticas del momento y luego ante las debilidades humanas, dado que la confesión de la propia culpa ha sido considerada, aún por las religiones mas mortificantes, de tal modo que se ha creído conveniente vincularlas y garantizarlas con el secreto del sacerdote, porque de otro modo.... nadie se confesaría.

Imaginémonos, pues, si los miembros del Estado Mayor Francés y los otros engranajes menores de la rueda que ha arrastrado al abismo á Dreyfus, ó los simples jueces y fiscales de una República Americana que tuvieron méritos y honores para el error, querrán confesarlo tan fácilmente á precio del ridículo y más aún!

Hagamos, todavía, una última observación de orden general, y es que el clasicismo imperante en las legislaciones modernas, por el concepto metafísico de justicia y no obstante el sentimentalismo Beccariano que lo informa, se convierte en origen, no solo de las mas crueles torturas, sino tambien de la ofensa mas grande, hecha á ese mismo concepto siendo cometida en su nombre.

Por estas breves consideraciones, saludamos, pues, con aplausos de aliento la obra del Dr. Figari que no va en zaga á la de los grandes apóstoles de la guerra santa contra los errores judiciales que son hoy del dominio universal. Y si el con-

curso de *Criminalologia Moderna* pudiese cooperar á sus fines, no hemos de escatimarle cuando al conocimiento de los escritos, sobre los cuales escribimos estas líneas, podamos agregar el del material resultante directamente del proceso.

### *Jack the Ripper*

Después de diez años de leyendas que la fantasía popular y novelesca tejió al rededor del terrible nombre que encabeza estas líneas, después que la policía inglesa, apesar de su fama mundial, había renunciado á seguir la pista del famoso destripador, parece, al decir de los últimos telégramas, que el misterio empieza á desvelarse con la denuncia de un sacerdote relevado del vínculo del secreto profesional por la última voluntad del criminal.

Según esta versión Jack the Ripper resulta ser un cirujano inglés que se había propuesto al principio una obra de regeneración en las mujeres caídas en la lucha por la vida y que más tarde, sin embargo, eliminaba despiadadamente á esos mismos seres, por medio de los atroces crímenes que son del dominio público.

Tales son los hechos confesados por el mismo Jack al sacerdote expresado quien afirma que al fallecer aquel lo ha facultado para revelar su nombre y confesión, diez años después de su muerte.

Así, pues, respetando esa voluntad y conciliando los deberes de su ministerio con el interés científico y de la curiosidad pública, el confesor de Jack se ha limitado á suministrar los informes mencionados afirmando, por su parte, que el criminal inglés padecía de epilepsia.

Será esta la verdadera entre las numerosas versiones y *canards* lanzados alrededor de este asunto?

UJIER.

---

## Guia del Estudiante

---

ENRIQUE FERRI: — *Los nuevos horizontes del derecho y procedimiento penal:*

### INTRODUCCIÓN

#### *Razones históricas de la escuela positiva.*

El arraigarse de una nueva idea no es ya arbitrario, sino determinado por condiciones de tiempo y de lugar. La escuela positiva tuvo, pues, razones de surgir.

Ni los jurisconsultos romanos, ni los prácticos de la edad média supieron crear la filosofía del derecho que solo es debida á la mente selecta de Cesar Beccaria, aun cuando conducido más por el *sentimiento* que por verdadero rigor científico.

El reasumió, en efecto, las ideas de los filósofos contemporáneos que — aun cuando nebulosamente — designaban ya la reacción contra las crueldades de la edad media, con el concepto, definitivamente fundado por Beccaria, de la *disminución de la pena y del delito* concebido como abstracción.

Al mismo fin, Roeder tentó hacer prevalecer el concepto de la *enmienda*, pero no consiguió crear una ciencia verdadera y durable, siendo su ilusión desmentida por los hechos que prueban la existencia de las naturalezas extraviadas é incorregibles. Roeder daba, además, absoluta preponderancia á los factores individuales del delito, prescindiendo en absoluto de los sociales.

La nueva dirección, notada por Beccaria, daba como último fruto el *Programa* de Carrara, potente construcción metafísica, según la cual "el delito es un ente jurídico, una infracción, no una acción." De este principio se dedujeron con lógica inespugnable, las principales consecuencias abstractas consignadas en los Códigos penales modernos.

A partir del *Programa*, la actividad de los clásicos — prueba elocuente de su insuficiencia — se redujo á glosar, sin llegar á aplicaciones concretas que pusiesen dique al incremento del crimen.

Las nuevas aplicaciones y afirmaciones de Lombroso y de Ferri fueron, pues, la consecuencia del estado de cosas, es decir, de la marcha triunfante del positivismo y de la imperiosidad del problema criminal.

El surjimiento de las nuevas tendencias, levantó una oposición violenta, pero, por otra parte natural legítima y necesaria, puesto que, como dice Spencer, "cada progreso verificado es un obstáculo á los progresos futuros."

La escuela positiva, nacida como hemos dicho, no abatía el pasado, pero constituyendo un desenvolvimiento de él y un perfeccionamiento, á la vez, aceptaba de él, solo lo que los hechos confirman.

Y menos aún, era la resultante de una simple alianza entre derecho y antropología, sinó más bien la consecuencia de la aplicación á las ciencias jurídicas del método experimental, cada día más triunfante, de lo que se siguió una complejidad de la técnica por el concurso de más ciencias.

En efecto, desde Galileo en adelante, el experimentalismo, había ido conquistando é imponiéndose gradualmente en el estudio de cada orden de fenómenos, con una marcha centripeta, tomado el hombre como centro.

En todo campo *la ciencia tiende al estudio de la naturaleza y al desenvolvimiento de sus leyes en beneficio de la humanidad*, y por esto no podía olvidar las que rigen las relaciones humanas y las condiciones de coexistencia.

Para la metafísica que es *unitaria*, toda mutación significa destrucción, pero para el positivismo que es *federal*, toda parte de la ciencia ó de una de sus ramas tiene vida autónoma en armonía con las partes restantes, y por consiguiente, cualquiera de ellas puede ser renovada ó removida, sin perjuicio para la vida de las otras, siendo base de todas, *los hechos* indiscutibles é indestructibles en su esencia, y no las *ideas* ó *concepciones personales*.

Sucedió, pues, con las ciencias jurídicas, lo que había pasado ya a la *fisiología* con Claudio Bernard, con la *moral* y la *psicología* debido á Comte en Francia, Spencer en Inglaterra, Ardigó en Italia y Wundt en Alemania.

La batalla fué terrible, pero al fin el positivismo venció, como transformación del sentimiento que forma la materia prima de la ciencia.

Sin embargo, la lucha que debe sostener una nueva idea, es mayor ó menor, según los intereses que amenaza, y está por consiguiente explicada la casi feroz oposición hecha á la nueva escuela criminal, cuyos cimientos eran y son la negación de las justificaciones seculares, no solo de intereses; sinó tambien de privilegios y aun de prepotencias.

Y sin embargo no había pasado con el derecho criminal, más que lo que se había verificado en el arte con el *romanticismo*, que, prescindiendo del mundo real, se complacía en forjarlo de los mil modos en que los autores lo deseaban. A él se substituyó el naturalismo que baja los ojos á las miserias humanas para estudiarlas en sus causas.

Y más aún, la aparición de la escuela positiva puede equipararse á la sustitución de la *medicina* á la *nosología*. Para esta no existían más que las enfermedades, siendo los enfermos elementos casuales. Una fiebre — como un homicidio para los clásicos criminalistas — era una abstracción para los sábios de entonces, é idéntico el fenómeno en todos los enfermos, sin que tuviesen influencia alguna en ellos, las causas inmediatas que las determinaban, la constitución del paciente, etc. etc., y los remedios eran aplicados como hoy las tarifas postales!

"La operación ha salido bien, pero el enfermo ha muerto" decía el cirujano de entonces, y la ciencia se había hecho cumplida!

Así sucedió en el derecho penal clásico.

Lombroso fué el primero que importó de Alemania el método experimental en *psiquiatría*, desenvolviéndolo hasta conseguir sus geniales descubrimientos y aplicaciones.

Para la criminalología moderna, el delito es el mal, el criminal es el enfermo. Los clásicos estudian el fenómeno como los antiguos médicos, en abstracto, y consiguientemente no pueden explicar las causas del acrecimiento y disminución del delito, lo que, por el contrario, es permitido á los positivistas de los cuales está excluido, por lo tanto, el concepto de *castigo* y de *enmienda*.

Los clásicos creen moralmente sanos á todos los hombres, es decir honestos y con tendencias naturales hácia el bien, lo que está desmentido por los hechos de la manera más absoluta.

De todo esto se consigue una concepción radicalmente distinta de lo que sean *crímenes*, *criminales* y *cárceles*.

La falencia, en fin, de los remedios sujeridos hasta ahora por los clásicos, obliga tambien al estudio de métodos nuevos, á que tiende precisamente la escuela positiva que secciona el delito en su génesis natural y efectos jurídicos, para adaptar jurídicamente á las causas varias que lo producen, los diversos remedios que la fuerza de los hechos demuestren ser más eficaces.

Así concebida la nueva faz del derecho penal,

la *necesidad científica* de ella, como evolución del pensamiento, encuentra nueva y elocuente confirmación en el moderno desarrollo de la ciencia económica.

Adam Smith es el Beccaria de las ciencias económicas; el reasumió también las tendencias de sus tiempos que implicaban reacción contra la edad media, y en nombre del individualismo triunfante, proclamó el libre cambio, contra el sofocante proteccionismo entonces imperante.

Smith estudia la economía *á priori*, partiendo del principio de que *el hombre busca el placer* precisamente como los criminalistas clásicos parten de aquel según el cual el hombre es honesto. Contra ese empirismo económico, denunciado por su propia insuficiencia, surgió, por la necesidad de las cosas y del tiempo, la escuela realista histórica, iniciada por Oppenheim en Alemania, seguida por Cosumano, Laveley, Lampertico y otros muchos entre los cuales merece recordarse á Loria, quien estudia los fenómenos económicos como productos de causas múltiples y *tales como suceden*, en relación á los tiempos y lugares en que se manifiestan.

\*\*\*

Dada la progresiva aplicación del experimentalismo á cada ramo de fenómenos naturales, qué razón habría para sustraer á ellos las manifestaciones humanas criminosas? Porqué no se buscará también para estos fenómenos las causas determinantes, como es la esencia del positivismo?

La nueva escuela criminal no tiene más que este origen necesario en el desenvolvimiento de la ciencia, consecuencia, además en el tiempo, de los excesos de la escuela clásica que, surgida como reacción contra la crueldad de la edad media, olvidó á la sociedad por el individuo.

La escuela positiva debe, pues, buscar el equilibrio entre estos dos elementos concomitantes, teniendo por fin la *diminución del delito*, entendiéndose por tal un *hecho natural* y procediendo á procurar el remedio, mediante la investigación y análisis de las causas.

\*\*\*

Contra la nueva escuela se elevó, como hemos dicho, una violenta oposición, lanzándosele toda clase de acusaciones y afirmándose, entre otras cosas, que se proclamaba el *nihilismo* de la ciencia jurídica, que "oscurecía el reino de la justicia", favoreciendo á los criminales, mientras no puede existir ciencia más verdadera y cierta que aquella que tomó su origen y bases en la realidad de los hechos; ni puede darse mayor severidad que la demostrada por quien, considerando el crimen un mal social, lo cura como el médico al enfermo, sin preocuparse del padecimiento inmediato que este pueda sufrir.

Algunos otros, entre quienes son los primeros Pessina y Ellero, no dirigieron las armas contra los nuevos rumbos criminales, pero sintiendo la necesidad científica de ellos, los aceptaron bajo la forma de un eclecticismo de suyo elocuente.

\*\*\*

La última confirmación de la necesidad científica é histórica de la nueva escuela, es la aplicación á la misma del principio, hoy indiscutible, de la división del trabajo.

En efecto, solo el derecho como función punitiva derivada de abstracciones inconcebibles, podía no reconocer fuerza y hasta rechazar el concurso de todas las demás ciencias. Hoy, en la innegable unidad de la ciencia que todo lo abraza, estudia, discute y resuelve, para la escuela positiva, Laplace (estudios sobre las nebulosas) Camper, White, Blumenthal (estudios sobre el cráneo y el esqueleto), Darwin (educación y variación de las especies), Haeckel (embriología) etc., contribuyen al estudio de la criminalidad.

BRUNO.

## BIBLIOGRAFIA

Tenemos á la vista numerosas publicaciones recibidas á último momento cuyo retardo en la remisión nos impide dar cuenta de ellas en esta sección.

Nos limitaremos, pues, al brillante informe médico-legal presentado á los Tribunales del Rosario por los Dres. Emilio Ghione, Alejandro Ferrer y Enrique Marc, en el proceso seguido contra Hermenegildo Bustos por el doble delito de uxoricidio y filicidio.

El primero de los facultativos nombrados, doctor Ghione, ha redactado la relación que dada á la publicidad en un nutrido folleto, ha llegado á nuestra mesa de redacción.

Poco podemos agregar al juicio del distinguido penalista Dr. Osvaldo M. Piñero quien en una carta inserta en el mismo folleto y parodiando la célebre frase de Emilio Zola, llama á este trabajo, una «ventana abierta sobre la naturaleza.»

El autor, dirigiéndose al juez, empieza por combatir con severidad y estricta lógica y en nombre de la ciencia positiva, todos los prejuicios que corren por el vulgo, fomentados por la ignorancia de ciertos escritores sobre la locura en sus relaciones con la criminalidad. Destruye, pues, con fuerza de argumentaciones y con la autoridad de los más ilustres escritores la preocupación de qué «no hay locura, sin demencia ó manía», demostrando cómo esta preocupación eclipsa á menudo el juicio de la opinión y el fallo de los magistrados.

Entrando luego en el estudio directo del caso, se detiene largamente sobre los antecedentes hereditarios de los diversos miembros de la familia del procesado, que agrupa en catorce cuadros gráficos. Pasa en seguida al estudio de la anamnesis psíquica y física del acusado, cuyo estado en el momento del crimen reconstruye con admirable exactitud.

Tomando el exámen de los caracteres somáticos fisis-patológicos y psicológicos de Bustos, hace de ellos un profundo análisis, con referencia á los antecedentes hereditarios y de hechos expresados, para llegar á las conclusiones legales en las que declara:

Que Hermenegildo Bustos padece desde algunos años de demencia senil propia de su edad y provocada por enfermedades sufridas y antecedentes hereditarios, agregando que esta afección, de marcha lenta y progresiva, es absolutamente mortal y concluirá con la parálisis general y la destrucción completa de su organización mental. Y, en fin, que Hermenegildo Bustos ha cometido el hecho bajo el influjo de los impulsos instantáneos é irresistibles propios de la demencia senil, por cuya razón declara irresponsable absoluto al procesado.

X.

## CUADROS DEMOSTRATIVOS

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Diciembre de 1898.

## MOVIMIENTO DE CÁRCELES.

MOVIMIENTO	CÁRCEL PENITENCIARÍA				CÁRCEL CORRECCIONAL DE MUJERES Y MENORES				CASA DE CORRECCIÓN DE MENORES VARONES DE LA CAPITAL			
	Menores	Condenados	Encausados	Total	Condenadas	Encausadas	Menores enviados por la defensoría	Total	Condenados	Encausados	Menores enviados por la defensoría	Total
Existencia el 30 de Noviembre 1898.	1	632	715	1348	17	28	227	272	10	76	205	291
Entrados . . . . .	—	33	392	425	11	23	98	132	—	—	—	—
Totales . .	1	665	1107	1773	28	51	325	404	—	—	—	—
Salidos . . . . .	—	23	448	471	2	29	102	133	—	—	—	—
Existencia el 31 de Diciembre 1898.	1	642	659	1302	26	22	223	271	—	—	—	—

## ESTADÍSTICA POLICIAL.

[illegible]